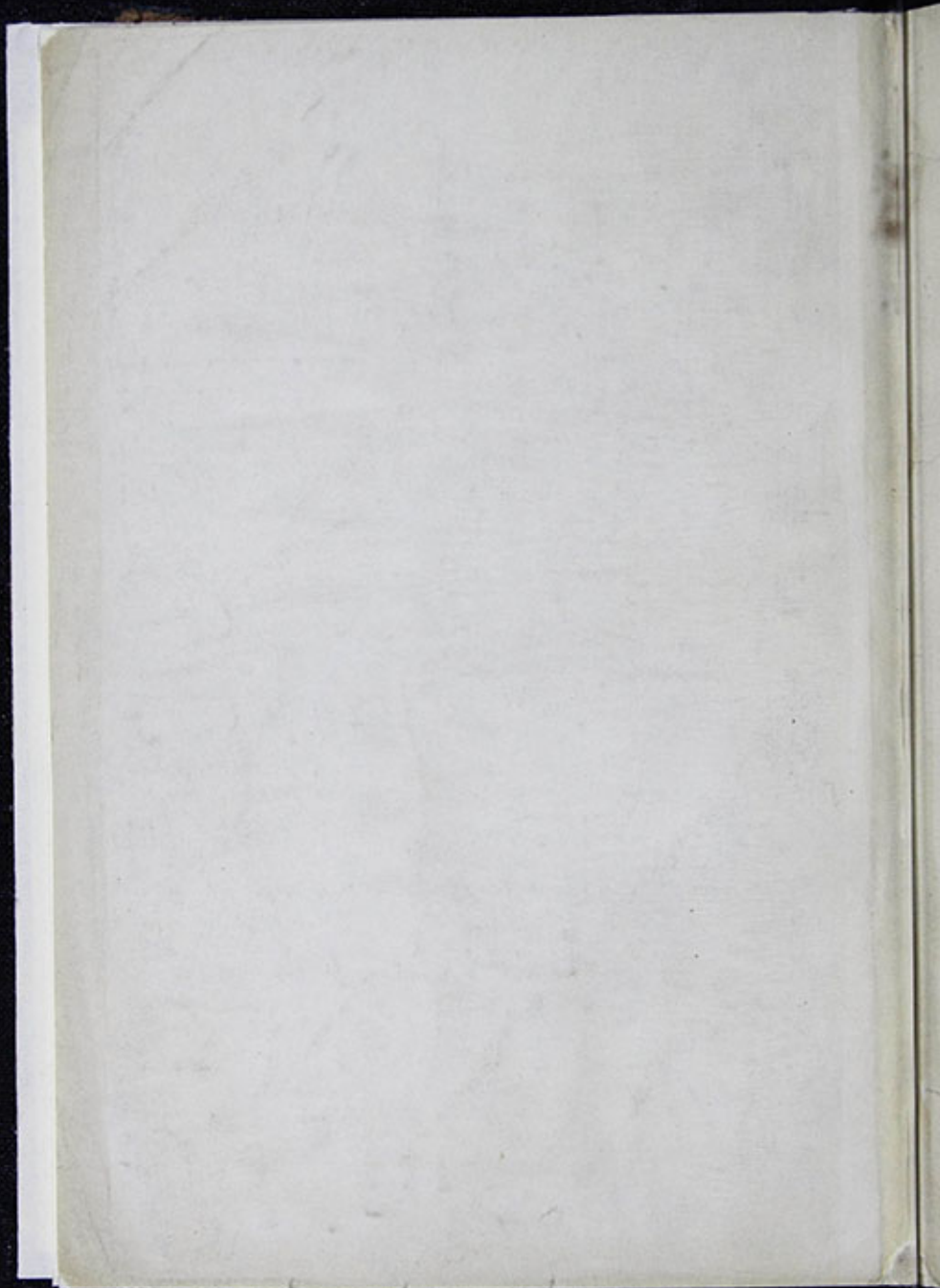
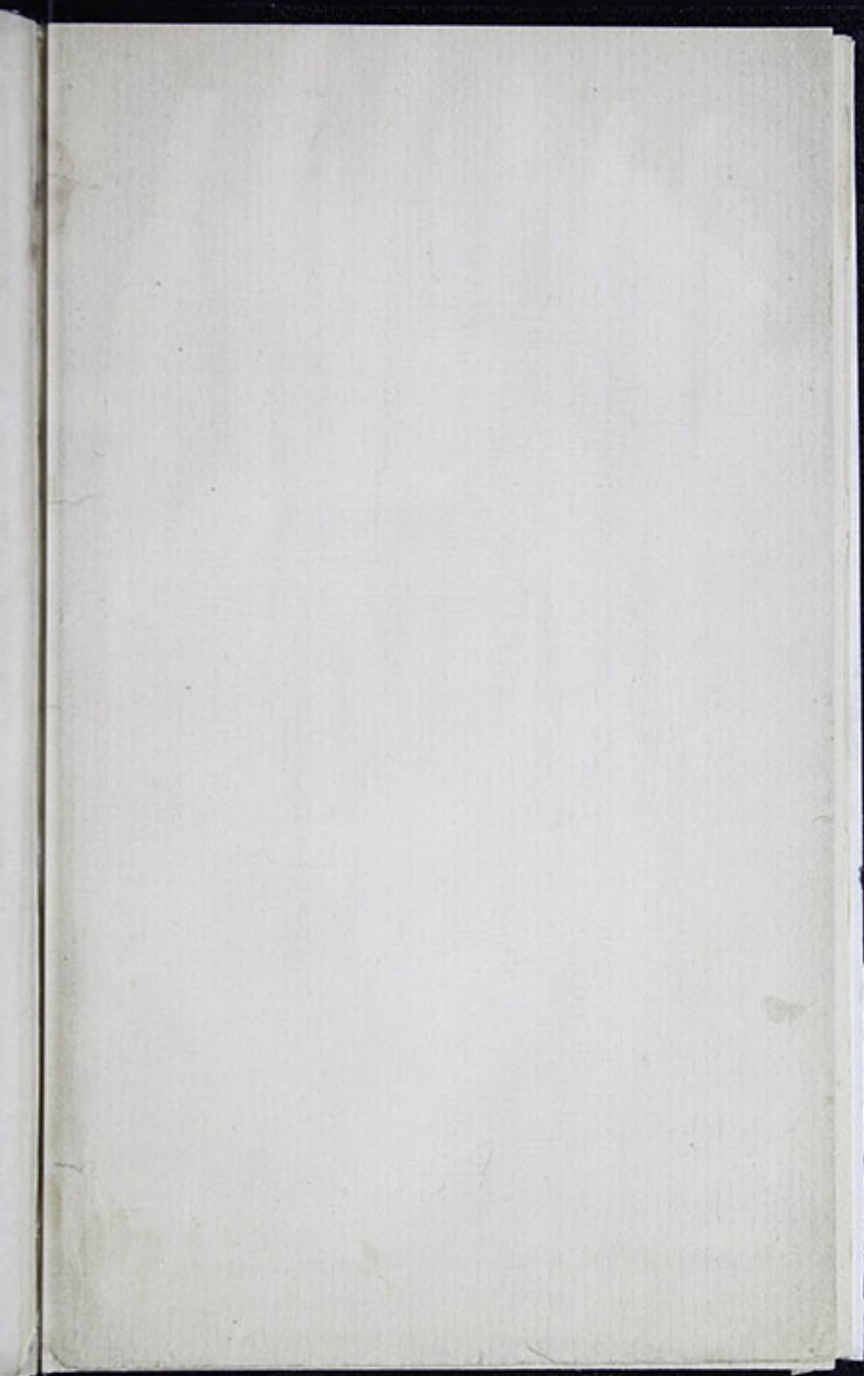




Dr. ATL

LAS SINFONIAS  
DEL  
POPOCATEPETL





f. 104354

Nov '10

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS MODERNOS

DR. ATL

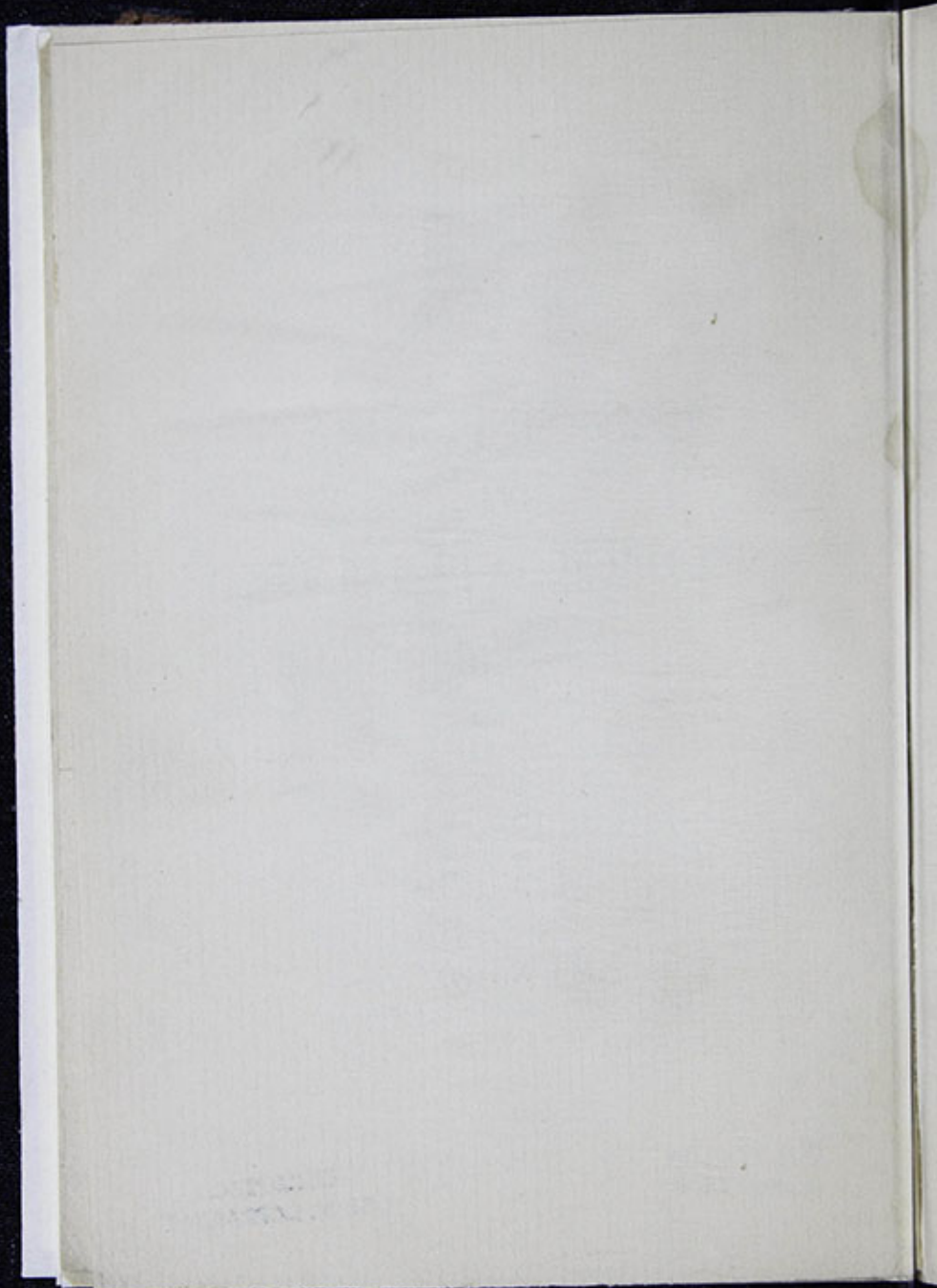
---

LAS SINFONIAS  
DEL  
POPOCATEPETL

MEXICO  
EDICIONES MEXICO MODERNO  
1921

COLECCIÓN  
C. MILLÁN

BIBLIOTECA  
"J. M. LAFRAGUA"



Amigos, todos—  
amigos que me habéis tendido vuestras manos  
que habéis creído en mí  
que me habéis amado siempre—  
exultante de alegría  
yo os ofrezco  
la belleza y la energía  
de esta Montaña  
condensadas  
en mi voluntad de complaceros.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

Vaga o profunda, la Montaña ha ejercido siempre sobre el hombre una atracción que podría aparecer misteriosa si no fuese esencialmente mecánica.

Nos seduce, no solamente su belleza multiforme, nos atrae **materialmente su masa.**

Sobre mí, esa influencia se ha ejercido poderosamente durante toda mi vida.

Mi sentimiento panteísta, mi pasión ardiente por las realidades de la vida y por las fantasías del pensamiento—realidades maravillosas de un mundo interior—y mi optimismo exultante, se han reconcentrado en un irresistible amor a las montañas. Nada ha podido destruir ese sentimiento que el tiempo ha desarrollado a través de las miserias, de las riquezas esporádicas, de los frecuentes fracasos, de los placeres, del trabajo y de las vicisitudes de una existencia sacudida por los paroxismos de las luchas sociales, de las revueltas y de las revoluciones.

Como acontece frecuentemente al hombre que ha viajado mucho, a mí aconteció conocer mejor otros lugares de la tierra que aquel donde nació. Yo había excursionado por diver-

sas montañas del globo y no conocía los prodigiosos volcanes de México.

Joaquín Clausell, ese abogado tan conocido en el Foro y en el campo de la política anti-porfirista, pero tan ignorado en su modalidad de potente pintor, me inició en el rito del montañismo mexicano (1) En 1905 me guió por primera vez al Iztatzihuatl, y desde esa época yo visité con frecuencia esa montaña y el Popocatepetl.

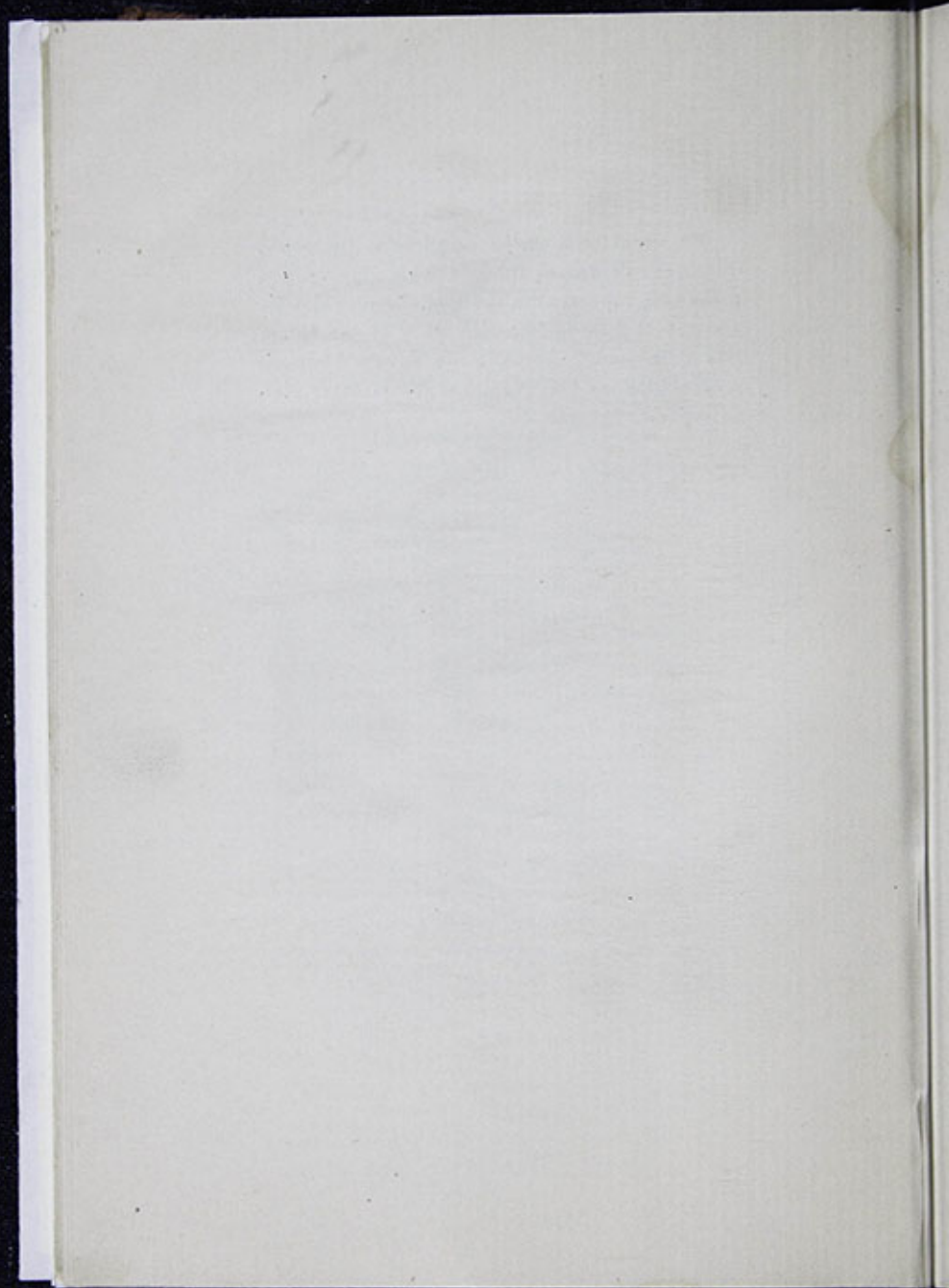
De 1907 a 1910, viví dos años sobre estas dos montañas.

De las notas e impresiones, de las observaciones científicas, de los centenares de dibujos y pinturas ejecutados durante ese largo período de tiempo, sólo quedan algunos restos dispersos en las cinco partes del mundo.

Recojo entre las dispersas impresiones algunas líneas, y las reuno en este volúmen, que tiene un carácter exclusivamente literario.

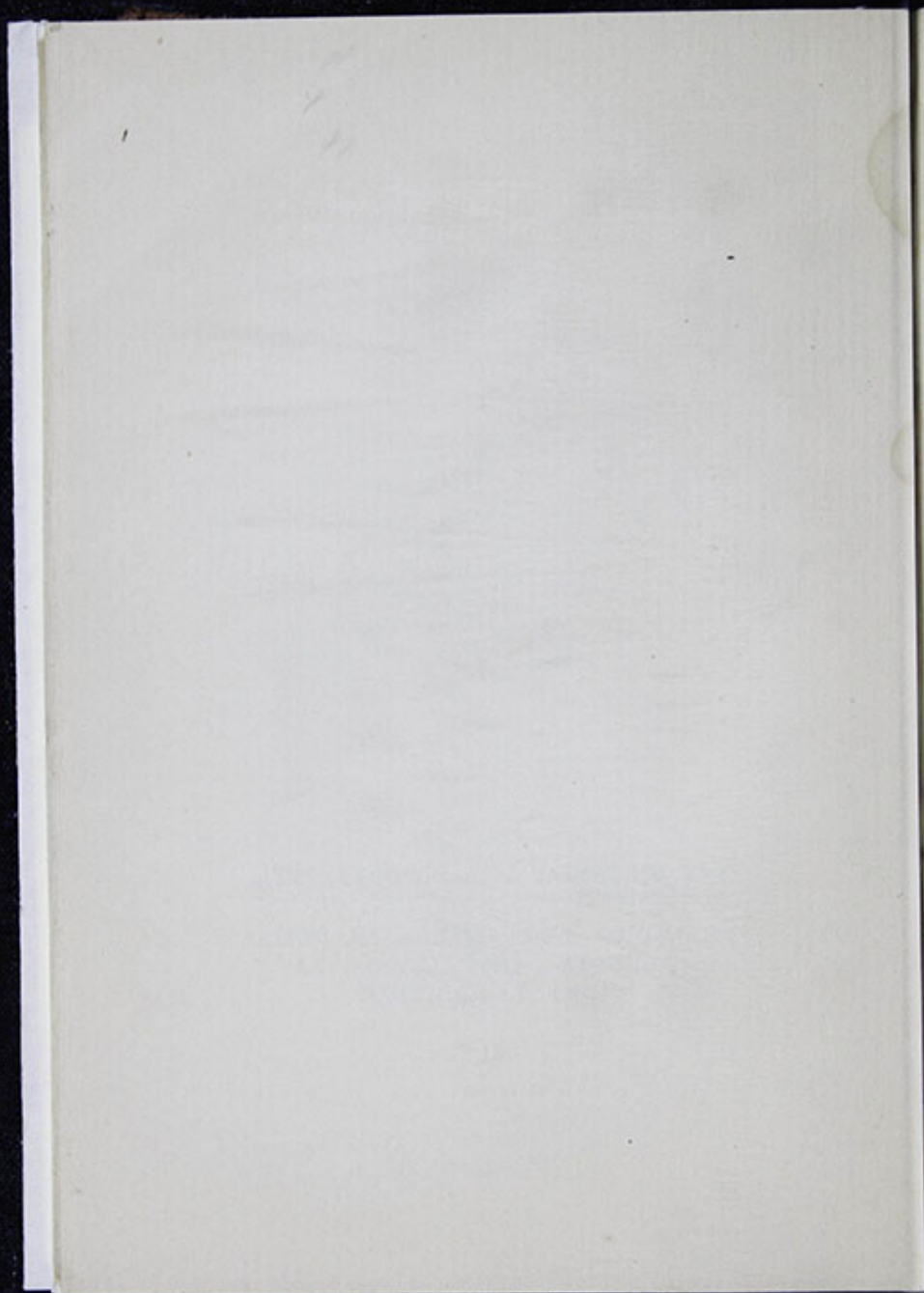
(1).—MONTARISMO. Deshecho por absurdo el término de "alpinismo" usado universalmente, para designar el gusto por las excursiones a las montañas. Me parece más lógico, al designar ese sport en sus características generales, aplicar el término MONTARISMO, sobre todo, claro está, si se trata de montañas que no sean los Alpes.

En un Album serán publicadas las reproducciones de varios dibujos y de algunas pinturas que representan las modalidades del Popocatepetl y de la Iztatzihuatl, y en las Memorias a la sociedad "Antonio Alzate" estarán recopiladas las observaciones de carácter científico.

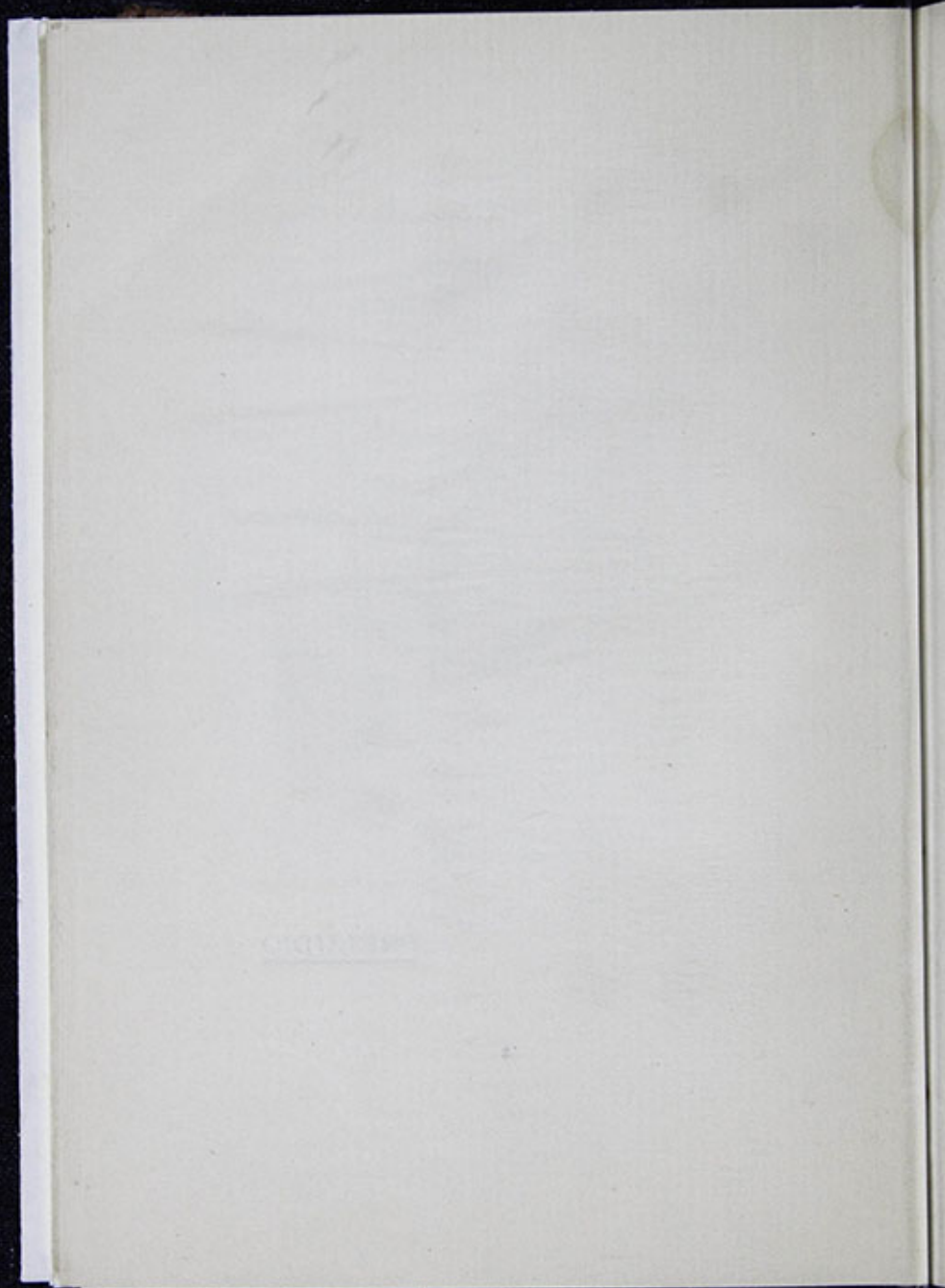


LAS SINFONIAS DEL POPOCATEPETL.

PRELUDIO— AMECAMECA— LA TUMBA  
AUGUSTA— INTERLUDIO— LA  
MONTAÑA REDIVIVA.



PRELUDIO



## LOS GRANDES VOLCANES

Así como surgen entre las obras del Hombre escalonadas a través de la Historia algunas superiores e inconfundibles, así como se yerguen poderosamente entre la acumulación del trabajo humano un pensamiento de Confucio, una concepción religiosa Hindú, una teoría de Darwin, una ley de Keppler o de Newton, o una creación de Miguel Angel, así, sobre las convulsiones de la Tierra se levantan incomparables de belleza y de desprecio los grandes Volcanes de México.

Otras arrugas del globo se alzan a mayor altura, otras han sido más admiradas. Existe una cadena de los Alpes llena de encantos y

rodeada de civilización; un Pico de Tenerife aislado en medio del mar, desde cuya cima, el océano parece un embudo; un Vesubio prodigioso, sepultador de ciudades, terror y admiración de las gentes, flor de fuego erguida en medio del Jardín de las Civilizaciones Mediterráneas; un Cotopaxi soberbio; un Chimborazo augusto, un Gorisankar enorme, nebuloso, casi invisible, rey de las montañas...

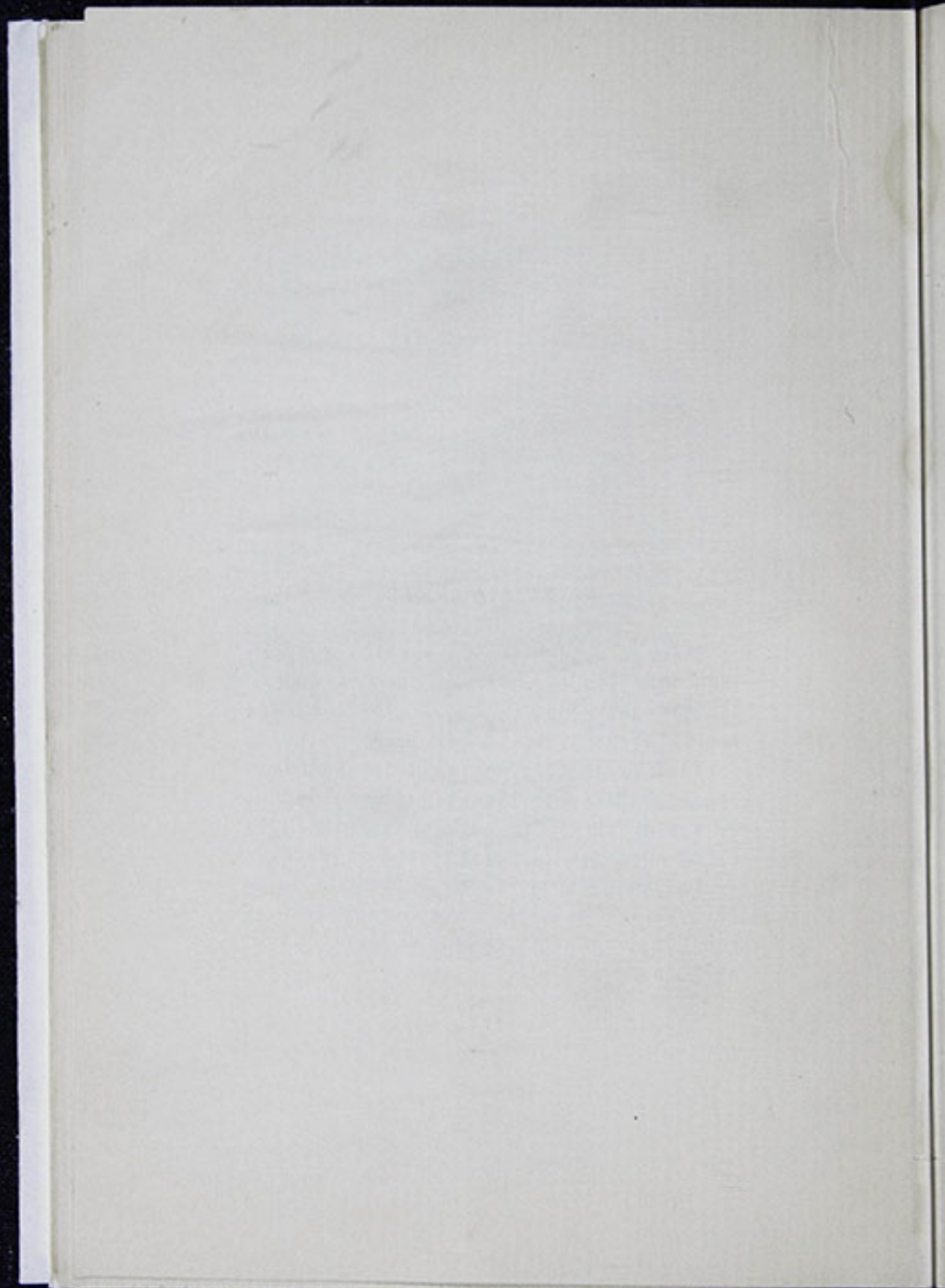
Pero ninguno entre los esfuerzos de la dinámica terrestre, tiene la armonía ni los aspectos maravillosos de los grandes Volcanes que del Pacífico al Atlántico atraviesan la vieja tierra de México—joyas de piedra y nieve de simbólicos y complicados nombres.—

### EL ZITALTEPETL

Masa piramidal—masa color de cobre oxidado, con reflejos violáceos—desnuda, áspera, terrible—bella como una joya—grande y muda como el recuerdo de una hecatombe.

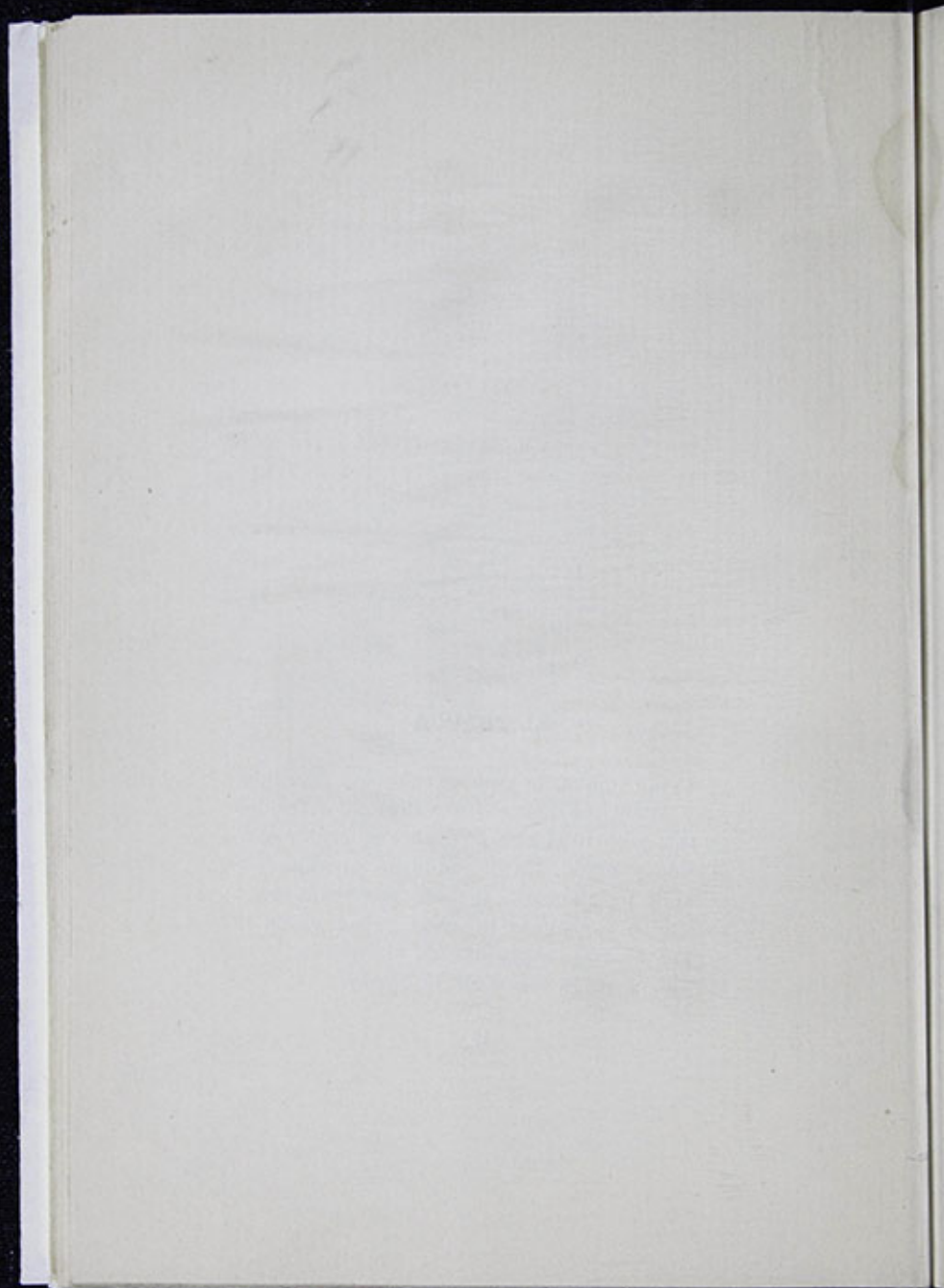
El ardiente amor del trópico orna su base con magníficas girnaldas de jardines y de bosques, y el frío eterno borda al derredor de su cráter silencioso, luminosa corona de nieves.

La solemne grandeza de la Montaña surge entre los montes eternamente floridos, como el sepulcro de un muerto ilustre el día de un aniversario glorioso.



## EL TOLUCA

Como tumba, la enorme montaña derruida, yace silenciosa sobre los valles adormecidos de sol; y entre el aire azul abre su cráter carcomido y mudo. En el fondo de su abismo — sellando para siempre la fiera boca— dos lagos extienden sus aguas oscuras—aguas glaciales —agua sideral suspendida en el silencio de la atmósfera como llanto de la Noche.



## EL COLIMA

Tlecuil de las bárbaras divinidades aztecas, encendido como un pebetero entre los viejos Mausoleos de Anáhuac. Joven Hijo del Fuego, por tus flancos, ríos de lava, como arterias, revelan las palpitaciones de tu corazón, y por tu boca sale a borbotones el fétido aliento de tus pulmones de basalto.

Joven Hijo del Fuego: tus antepasados—yacentes sobre la trágica tierra de Huitzilopochtli—construyeron valles y cordilleras, destruyeron pueblos, pusieron barreras al mar, cubrieron con su baba ardiente llanuras y montes y murieron sepultados bajo sus propias entrañas...

Tu permaneces ardiendo entre los Formidables Sepuleros, escupiendo al Espacio la sangre de tu propio corazón y proclamando en el silencio de la altísima atmósfera, tu espléndida furia.

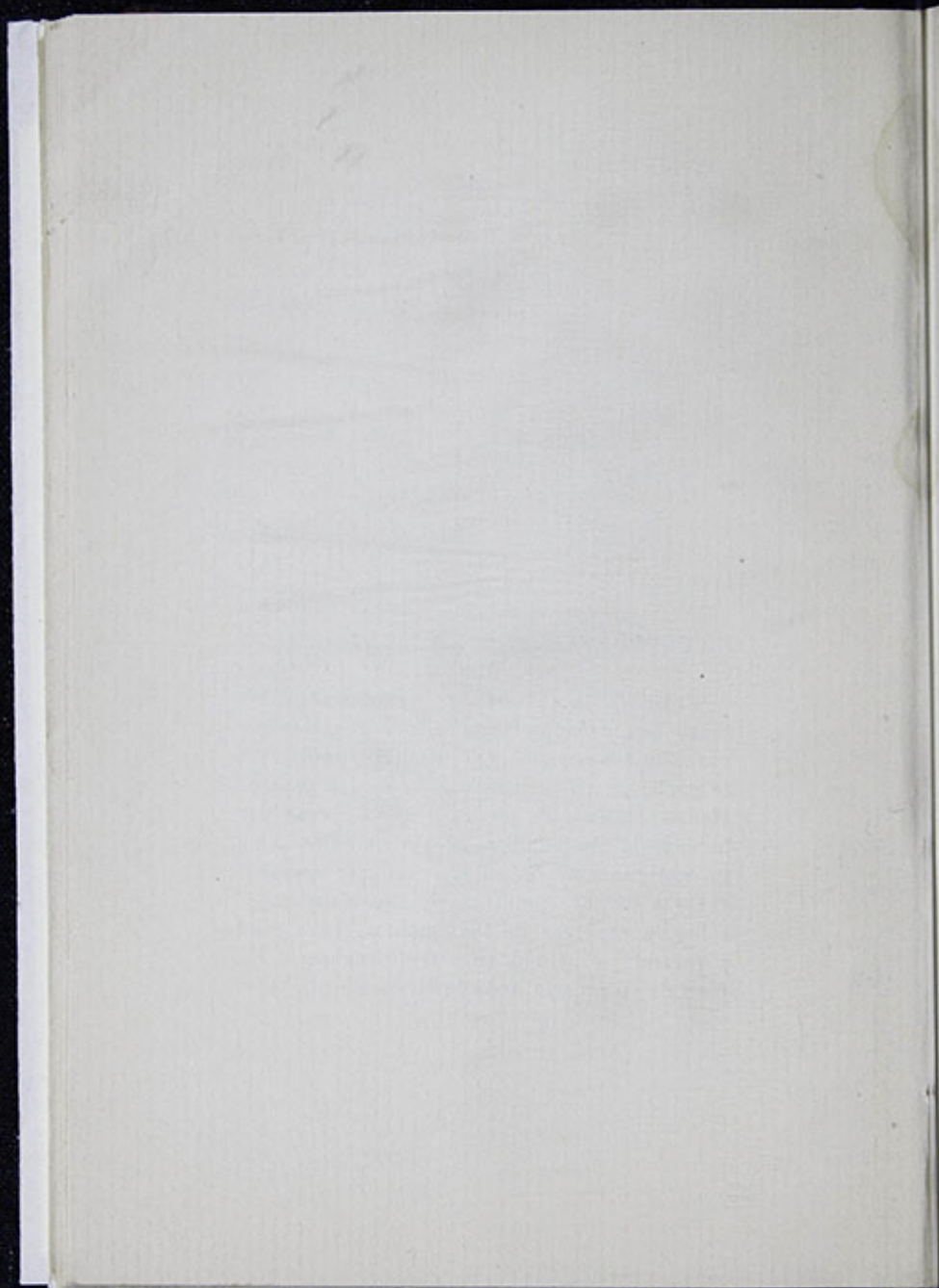
Cuidado! El tiempo te acecha!

CHAPTER II

The first part of the book is devoted to a general survey of the history of the world, from the beginning of time to the present day. The author discusses the various stages of human civilization, from the primitive state of nature to the development of modern societies. He examines the influence of religion, philosophy, and science on the progress of the human race. The second part of the book is a detailed account of the history of the United States, from its founding to the present. The author describes the struggles of the American people for independence, the growth of the nation, and the challenges it has faced. He also discusses the role of the United States in the world and its future prospects.

## EL POPOCATEPETL Y LA IZTATZIHUATL

Joyas de la Corona de América erguidas entre dos océanos—espuma del Planeta—joyas soldadas por el fuego primitivo, unidamente grabadas en la imaginación de las generaciones—sinfonía de piedra y nieve creada por la energía sin nombre—oleaje petrificado de un antiguo mar cósmico—grandeza desesperante y serena—montes augustos—levantados sobre la aspereza de los caminos—impasibles y formidables, iluminan y fertilizan en el reposo de su muerte toda la tierra de Anáhuac.



## EL POPOCATEPETL

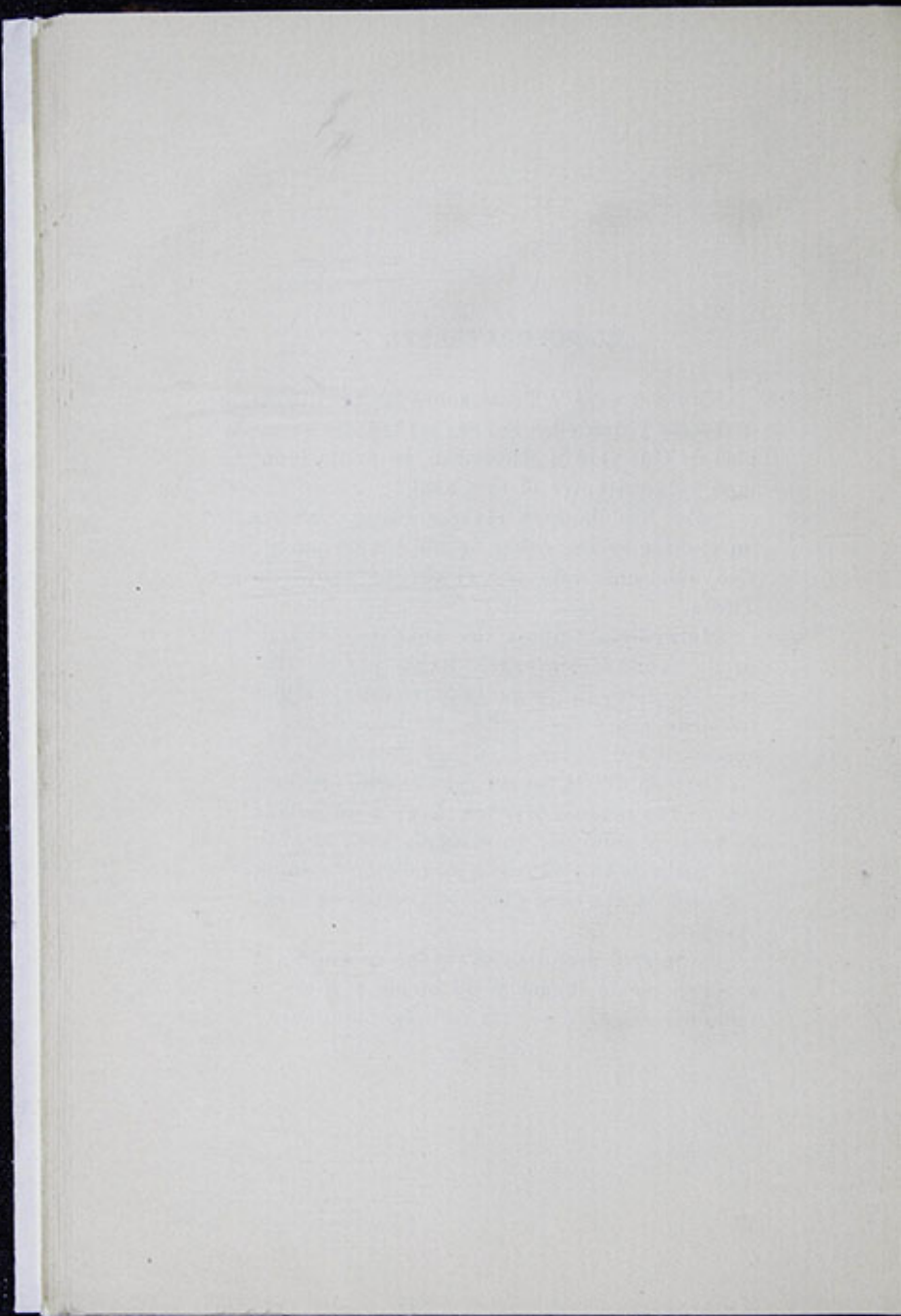
Tu cima nevada brilla sobre las cordilleras umbrosas y desde las lejanas y abruptas serranías de Guerrero y Michoacan, tu punta luminosa fulgura entre el aire azul.

Sobre las llanuras reverberantes, pareces un enorme zafiro, caído de un mundo químico, humeante aún por el choque contra la Tierra.

Maravillosa Cúpula de Anáhuac—Pirámide de Teotihuacán engrandecida por los dioses—Mausoleo de la energía terrestre, siglos dormiste sobre los montes, fertilizando en el reposo de tu silencio inmensas llanuras.

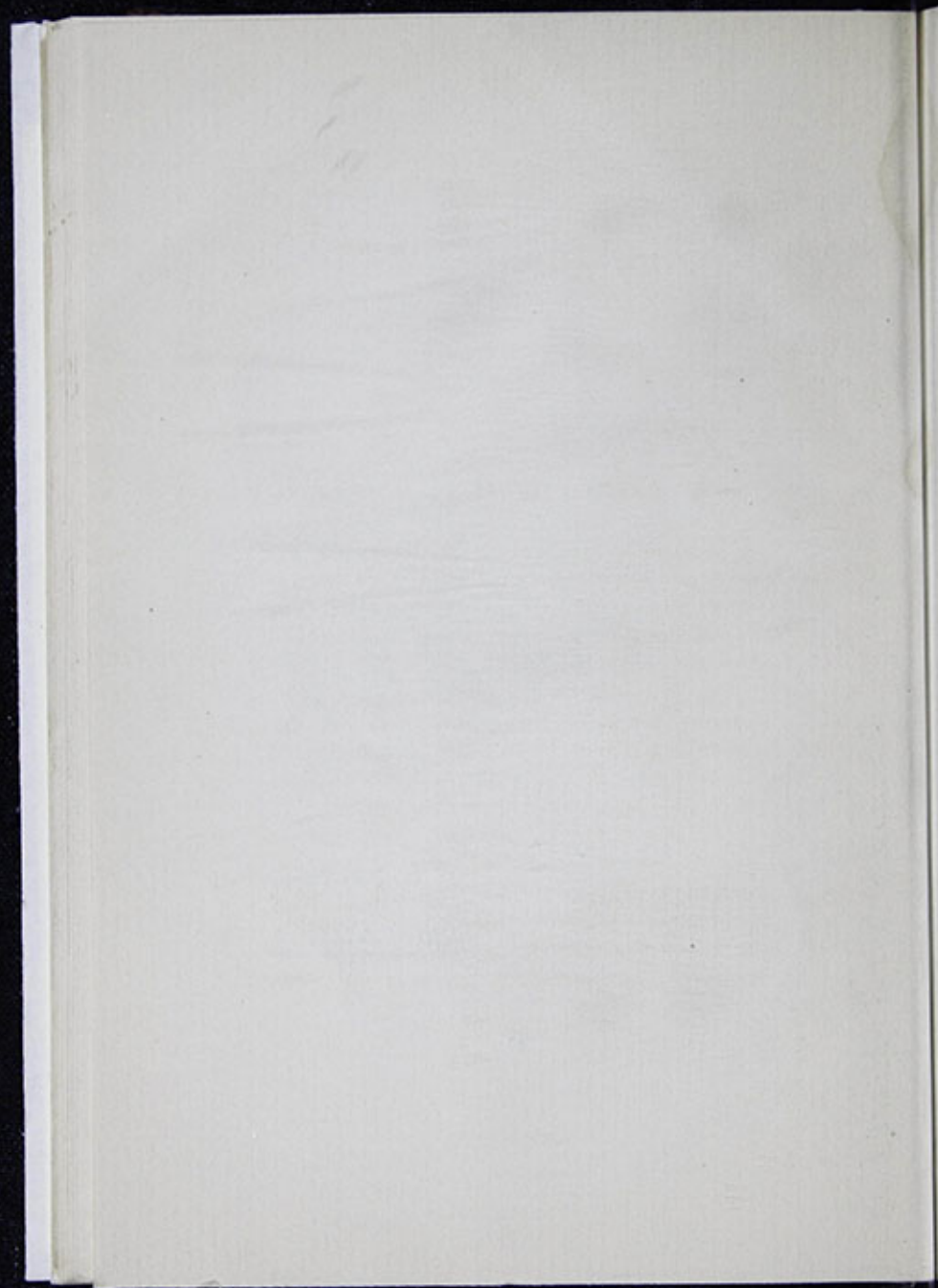
Pero un día, la sangre del Planeta, que hervía en tus ocultas arterias, fluyó a tu helado corazón, y salió por tu apagada boca la antigua furia de tu elocuencia meandrescente anunciando a la aterrada gente tu prodigiosa resurrección.

Tu tumbal grandeza se coronó de un inmenso penacho de llamas y de humo, y sobre el mundo tornaste a ser un corazón palpitante.



1a. PARTE

AMECAMECA



### EL CAMINO HACIA EL VOLCAN

Amanecía. Desde el ancho camino que cubierto de tezontle, se desarrolla entre llanuras muy extensas y muy planas, el Volcán y la Sierra destacan sus siluetas augustas, sobre el Oriente enrojecido por la aurora.

De los solitarios llanos de San Lázaro—lecho de extinguido lago—parte el camino que conduce al pie de la Montaña que Humea.

Limitado por zanjas, se extiende en línea recta por varios kilómetros.

En la altiplanicie de México, la atmósfera es extraordinariamente límpida durante la mayor parte del año, y el aspecto que presenta el inmenso Valle en un día luminoso, tiene algo de la transparencia, de la dureza, de la precisión, de la claridad de una taza de cristal

cortado. Pero en el mes de marzo la atmósfera se llena de polvo, de un polvo sutil, que el viento levanta de los lechos de los antiguos lagos que cubrían la llanura, y de las vertientes del Ajuseo convertidas en desiertos por los desmontes.

Y entre el polvo caminé, desde mi salida de la Ciudad, durante todo el día, hasta llegar a Amecameca, atravesando secos llanos, pueblos tristes. En toda la aridez del camino sólo una pequeña laguna, situada a pocos kilómetros de México, refresca la atmósfera. Sobre su tersa superficie se reflejan los montes de las Calderas—cráteres apagados que en un tiempo vomitaron las cenizas que azolvieron los grandes lagos de Anáhuac y que forman el subsuelo de este valle inmenso y grandioso.

A poco andar aparece un cerro de tezontle—el Peñón Viejo. De esta prominencia se ha extraído durante siglos el rojizo y poroso material con que se han construido la mayor parte de las iglesias y de los palacios de Tezontitlan.

Los Reyes—casas ruinosas, desamparadas en medio del llano, tendajos sucios, pulquerías ostentando abigarradas decoraciones.

Ayotla—pueblo miserable, compuesto de una sola calle larga y sinuosa, surcada por la vía férrea. Tras de las casas de adobe gris y salitroso, asoman grupos de olivos. En los corrales permanecen todavía en pie las secas cañas de las milpas. Gente silenciosa. Polvo, mucho polvo.

Por el camino que sale del pueblo vienen, arreados por indios de pequeña estatura, flacos borricos cargados de "hoja."

Santa Bárbara. El polvo aumenta. Toda la circunferencia del valle está velada por densas capas. Pero el Popocatepetl y la Iztatzihuatl, permanecen impasibles erguidos sobre la polvareda.

Coetitlán—un pueblito de casuchas de adobe entre árboles chaparros, dormido sobre la falda de un cerro cónico y pelón. En la dirección del camino se levantan otros montes cónicos y entre ellos un cráter apagado, inclinado violentamente hacia el Poniente-Sur. Su boca retorcida y profunda parece amenazar todavía a la llanura. Tras de estos cerros, obcecantes, aparecen terribles de majestad, las montañas maravillosas.

Al pie de largas lomas sobre las cuales surgen los primeros pinos, el caserío de Tema-

matla, célebre en los anales del descuido nacional, por una terrible catástrofe ferroviaria.

El camino sube sensiblemente y atraviesa un torrente.

Tenango—casas caídas, quemadas, polvo, desolación, iglesia colonial, gente triste, burros silenciosos en los corrales, clavados en la tierra por el cansancio. Un arco rojo en una calle de ruinosas paredes coronadas de nopales y de yerbas. Tiene algo de triunfal esta calle—parece la Vía Triunfal de la miseria.

Y el camino continúa, ascendiendo lentamente. Entre densa polvareda vienen trotando indios cargados con fardos inverosímiles de hojas y cañas de maíz.

En la atmósfera caliginosa, el Volcán y la Sierra se esfuman con transparencias de capas de cristal interpuestas en perspectiva infinita...

Sobre una ligera elevación, el pequeño pueblo de Yeyepango, y detrás, el Sacro Monte, cubierto de cedros y de encinas.

La luz de la tarde ilumina con nacaradas coloraciones las masas ineludibles de las dos montañas.

Amecameca. Setenta kilómetros de marcha no han sido realmente fatigosos, pero la tra-

vesía por campos secos y por caminos deseni-  
dados, la visión constante de pueblos sepulta-  
dos en el polvo y la pereza, la desolación del  
paisaje y el aspecto taciturno de las gentes  
que trotan por los caminos, han dejado en mi  
espíritu una aplastante sensación de tristeza,  
un sentimiento de honda compasión, una terri-  
ble certidumbre de barbarie funeraria, man-  
tenida por la tiranía, rociada con pulque y  
alumbrada por un sol que no tiene misericor-  
dia para revelar miserias.

Sobre el trágico escenario de estos valles in-  
mensos, solemnemente despreciativas, las dos  
montañas enrojecidas por el crepúsculo, sur-  
gen entre el aire opaco como una vana aspi-  
ración iluminada por una gloria de sangre!

1877  
M. J. J. J.

### AMECAMECA

Entre un montículo cubierto de cedros milenarios—el Sacro Monte— y las dos enormes montañas, se extiende, sobre un valle en declive, un pueblo de casitas bajas y tristes cubiertas con techos triangulares de tejas rojas —Amecameca—“el lugar de los que tienen túnicas de amate.”

Sus calles son rectas y muchas están surcadas por estrechos canales. Una vasta plaza cuadrangular, limitada en su parte Oriente por una iglesia desmesurada, con atrio y arcadas, es el centro comercial, político y religioso del pueblo.

A esta plaza bajan, los domingos, de los montes, y llegan de otros pueblos, indígenas

que traen yerbas medicinales, maíz, frijol, fruta de Tierra Caliente, sarapes de Tlaxcala, cocina de Yecapixtla. Por ella pasan y repasan las señoras devotas y los hombres complacientes, que van a oír la santa palabra al gran templo bárbaro, y por ella van al Palacio Municipal, a desempeñar sus hipotéticas funciones administrativas, los personajes oficiales. Un bosquecito de jóvenes cedros y algunas barracas donde se venden comestibles, ocupan el centro de la extensa plaza.

El aspecto de las calles y de las casas es melancólico y pintoresco.

De octubre a marzo la atmósfera es de una diafanidad sorprendente y el pueblo parece dormir dentro de un bloque de cristal. En esos meses el Volcán y la Sierra, ostentan su torturada conformación con dureza clara de piedra preciosa, pero en los meses de lluvia, "en tiempo de aguas", el pueblo se adormenta en un vaho húmedo, reverdecen sus árboles y los musgos de sus largas bardas de tierra; los lugares sombríos se cubren de begonias y los patios de las casas se convierten en jardines de extrañas y brillantes flores. Las nubes espesas le quitan la obsesión de las montañas y las tormentas lo bañan diluvialmente.

Pero su aspecto es siempre triste, agotantemente triste. Vive adormentado en ese ambiente de melancolía fatal que reina sobre todos los pueblos de México, visible en la soledad de las calles, en la pobreza y en el silencio de las casas, en el abandono de los corrales, en los rostros de las gentes, en la aridez de los campos, en la inmovilidad de la vida, en el raquitismo de los pobres burros agobiados de trabajo, en la flacura de las escasas vacas que andan perdidas por los llanos arenosos, en el silencio que la pereza engendra y que rompe solamente la esporádica alegría de borracheras salvajes, reveladoras de una desesperanza milenaria más honda y más amarga que la tristeza del mismo pueblo.

Desde las calles largas y monótonas las montañas muestran su esterilidad. En los árboles seculares del Sacro Monte, los parásitos cuelgan sus hilillos grises y destructores. En los montes la devastación no tiene tregua, y sobre los campanarios policromos de las iglesias, en los atrios cubiertos de cruces, en los ojos de los indios oscurecidos por siglos de opresión, flota la barbarie de los conquistadores vestidos de hierro y de zayal, y la crueldad de los encomendadores de la República.

Una melancolía fatal pesa sobre todas las cosas—tristeza del pasado que perdura—y que parece haber nacido de esta tierra prodigiosa aplastada por la grandez<sup>o</sup>de montañs inconmovibles.

### LA FIESTA DE LOS MUERTOS

Por los peldaños de la gran rampa, que entre viejos cedros parte del extremo de una calzada de sauces escalando señorialmente el Sacro Monte, suben en lenta procesión, indios de ancho calzón; indias de chineute y huipil; niños de rostro adusto, vestidos como las gentes grandes, señoras de la "buena sociedad"; muchachas emperifolladas, algunas muy bonitas, cubiertas con ligeros chalets y calzadas con refinamiento; charros de ciudad, con pantalones apretados como mallas de bailarinas... Todos llevan velas y flores, y se encaminan a rendir culto a los antepasados, sepultados en la cima del monte sagrado.

Los deudos mas pobres se detienen al terminar la rampa ante una arcada pintada de azul y junto a un paredón revestido de yerbas secas. Levantan montoncitos de tierra, les dán la forma de caja funeraria, los cubren de pétalos de rosas y los santifican con la llama de una vela bendita.

Cada montículo indica una tumba, y a su alrededor, los parientes del difunto se sientan sobre la tierra removida y observan el desfile de la gente con la estúpida curiosidad de vacas que miran pasar el tren.

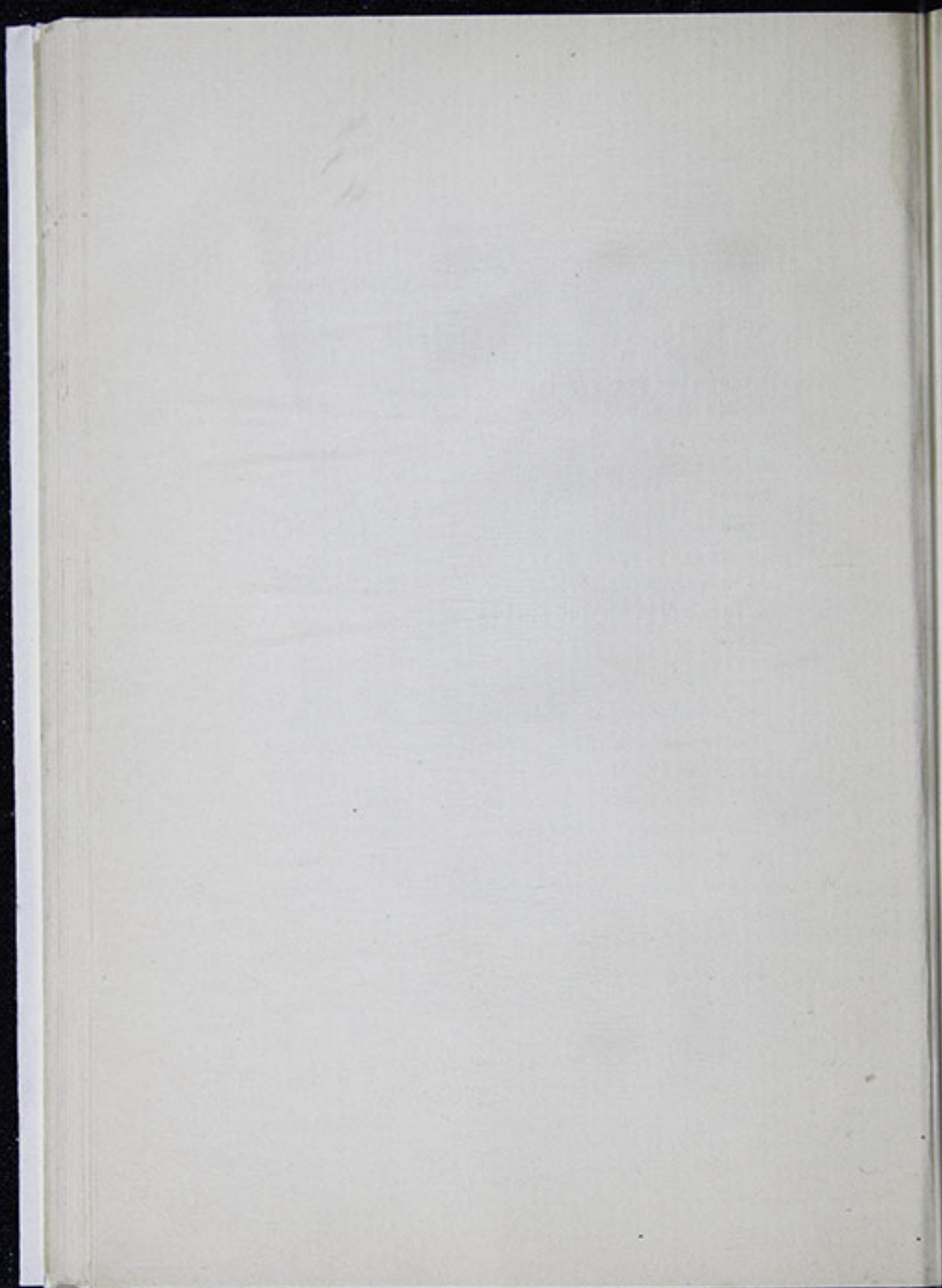
Mas arriba, al otro lado de la arcada, se levanta una iglesia colonial, rodeada de construcciones irregulares y políferomas—la Capilla del Señor del Sacro Monte. El atrio y el pórtico están cubiertos de sepulturas— las tumbas de los ricos. Sobre ellas, en viejos candlabros, arden gruesos cirios. Gentes enlutadas hacen guardia junto a las lozas votivas.

En la parte más alta del monte, una muchedumbre silenciosa rinde solemne culto a sus muertos, bajo un sol espléndido, entre silvestres enredaderas y ante la grandeza de las montañas coronadas de nieve.

Todas las tumbas están cubiertas de flores. Junto a las mas humildes como junto a

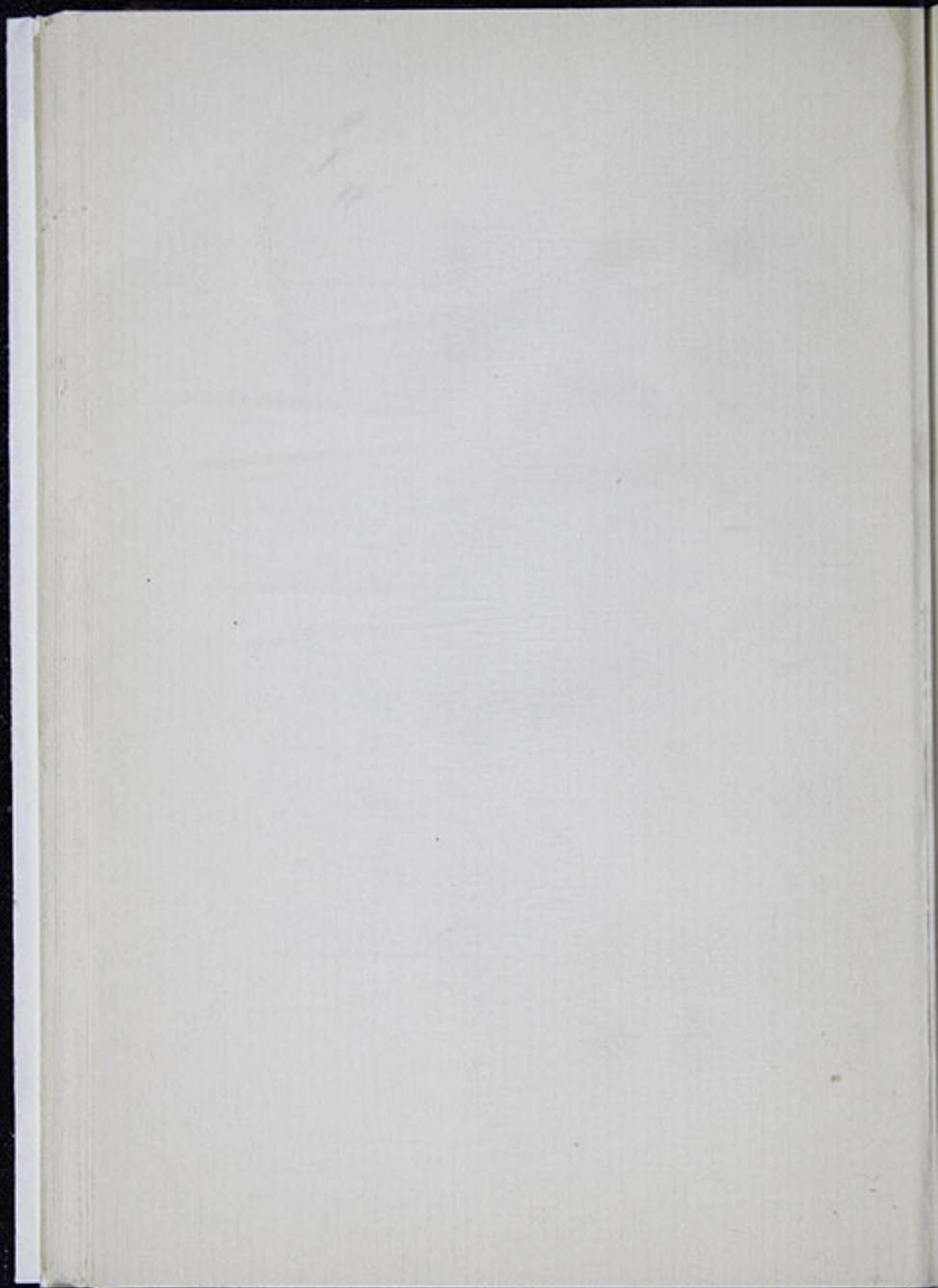
las mas ostentosas, los parientes recogidos devotamente, oran. La mayor parte son de raza indígena y tienen en sus actitudes y en sus rostros, la bárbara impassibilidad de los ídolos modelados por sus lejanos antecesores.

En el paisaje grandioso, ante el quimérico cadáver de la Mujer de Nieve y la Montaña enorme que a su pié humea, el fúnebre espectáculo de la muchedumbre sobre las tumbas, brutalmente iluminado por el sol implacable, asume las proporciones de un inmenso drama— de una tragedia escrita por la Fatalidad, sobre la desolación de un pueblo.

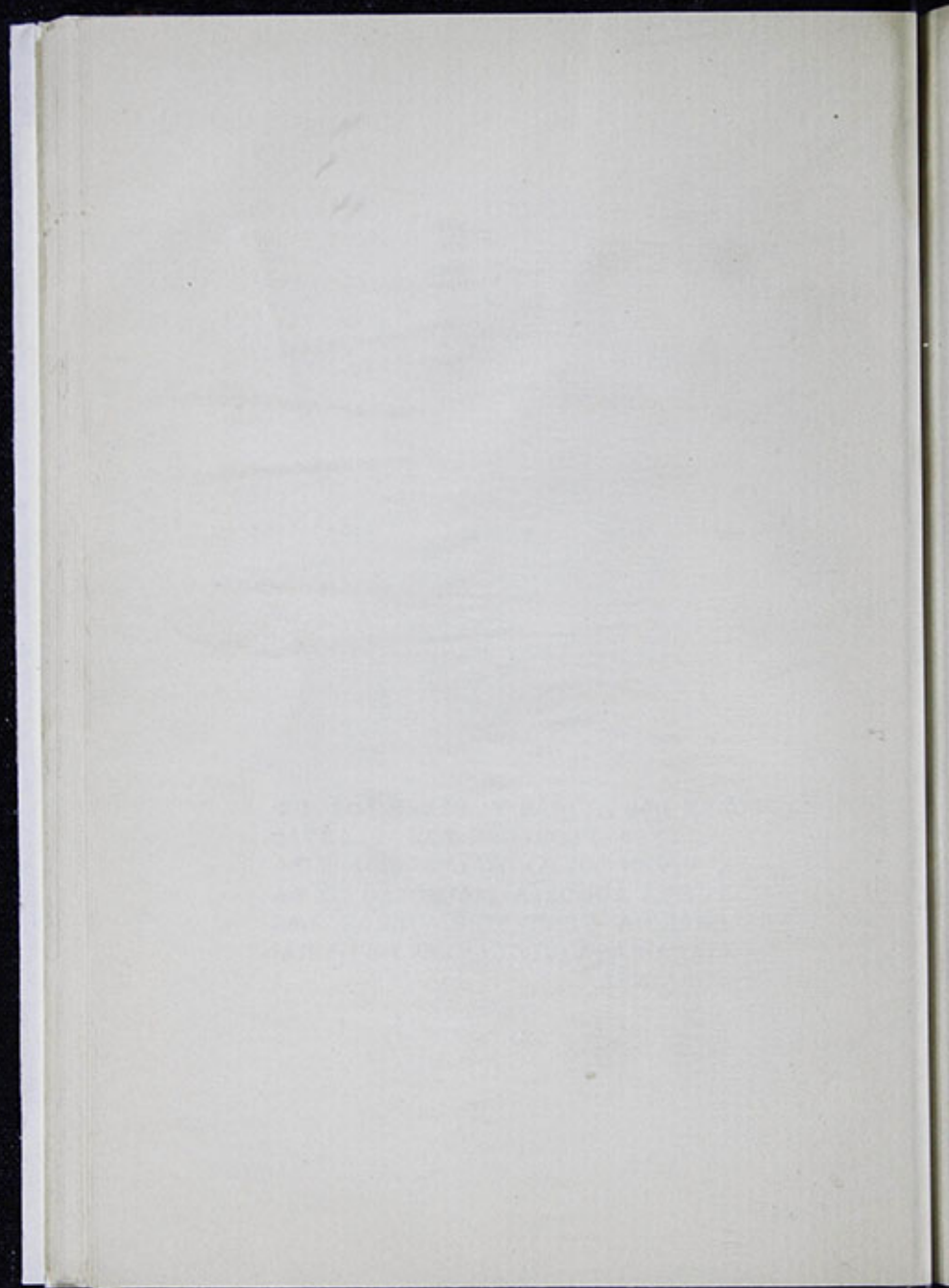


2a. PARTE.

LA TUMBA AUGUSTA



SOBRE LAS RUINAS Y SOBRE LOS SEPULCROS FLORECEN LAS PLANTAS Y VIVEN LOS ANIMALES.—SOBRE LA TUMBA AUGUSTA, MAUSOLEO DE LA ENERGIA TERRESTRE, VIBRAN LAS SINFONIAS VIVIFICANTES DE LA NATURALEZA.



## LA ESTANCIA EN LA MONTAÑA

Del pueblo adormecido ascendí a la montaña viviente.

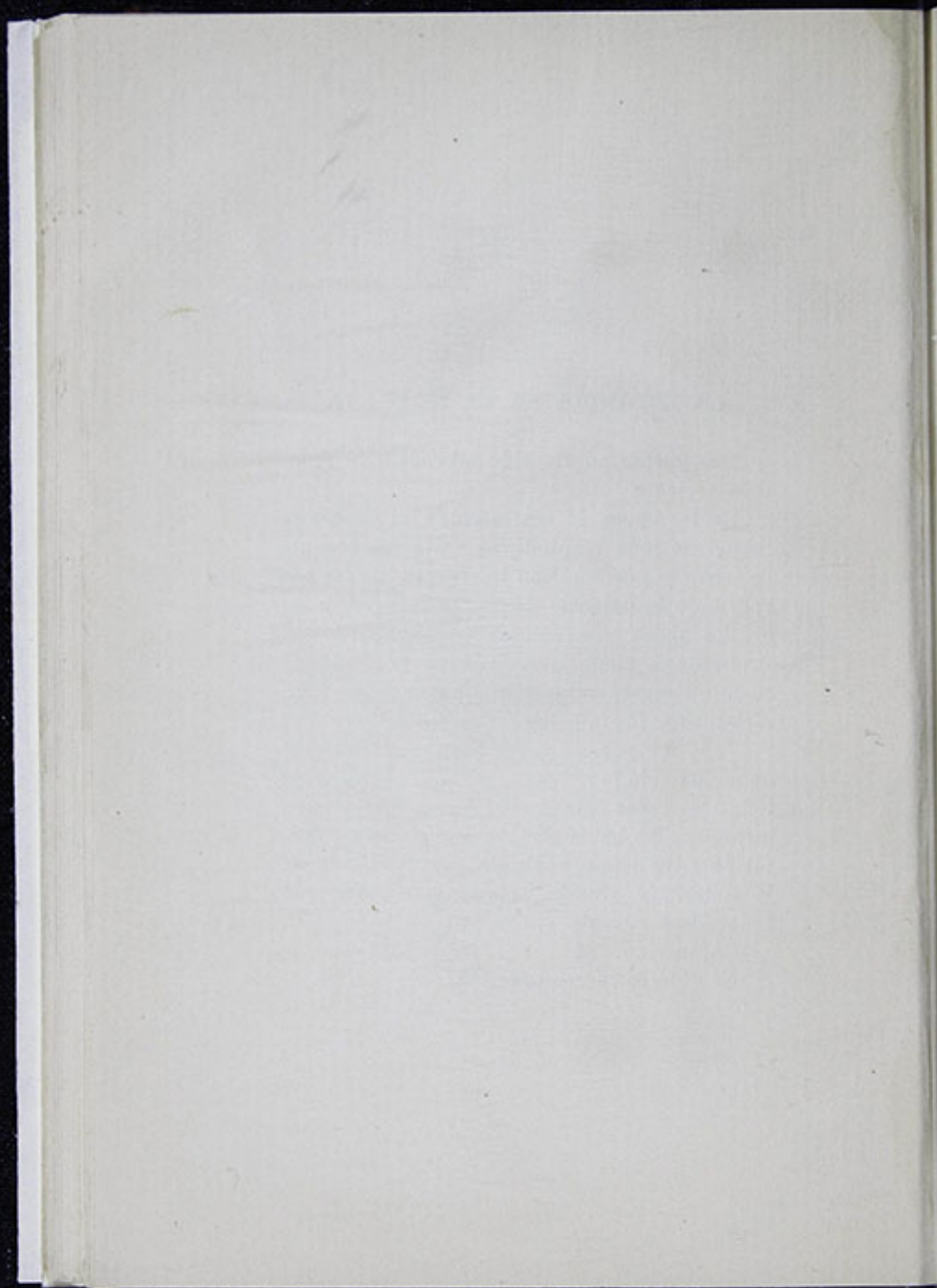
En las aguas de sus torentes mi cuerpo se limpió de toda inmundicia; entre los bosques de pinos se perfumó con la esencia de las selvas; bajo la potencia del sol se fortificó y sobre los hielos mis pasiones se congelaron.

Desde la cima del Volcán yo ví el Mundo como un espectáculo maravilloso y lo amé sin reticencias, profundamente, intensamente.

Todo me pareció bello, hasta el Dolor. Todo me pareció portentoso, hasta la Mujer, y de todas las cosas emanó una fuerza nueva cuyo influjo yo no había sentido jamás—una palpitation cuyo ritmo nacía de cada molécula de la materia y vibraba sobre mis nervios, con renovadora energía...

Oh, la vida...!

La vida es la comprensión.



## LA LLUVIA EN EL BOSQUE

Bajo la sombra de un espeso bosque de oyameles, que cubre un monte enorme, he vivido largo tiempo.

Esta selva es un lugar aislado entre dos profundas cañadas, silencioso, envuelto en perenne penumbra, sin pájaros, sin animales, intensamente perfumado de resina.

En el fondo de una cañada corre un arroyo.

Por entre peñascos baja una cascada, cuyo rocío mantiene en constante verdor los musgos de las piedras y los helechos que crecen entre los intersticios de las rocas. Junto a la cascada construí una choza con troncos y yerbas que me sirvió de abrigo durante el tiempo lluvioso.

En el cielo pasan lentamente las nubes y suavemente se posan sobre las lomas y en la cima del monte...

Llovizna, llovizna apenas. El bosque está callado y quieto. La cascada ondula y canta. Ténues golpecitos agitan las hojas de algunas plantas asomadas a la orilla de la selva...

Pero las nubes se acumulan y el cielo se oscurece.

Llueve...

Gruesas gotas caen pesadamente sobre los árboles, y poco a poco las ramas, grises por el polvo de larga sequía, se tornan verdes y brillantes.

Entre el follaje la lluvia produce un rumor oscilante y por el bosque bañado se extiende un aroma húmedo.

Entre la oscuridad de la selva surge una enorme roca negruzca, rodeada de plantas de hojas largas y lisas. El agua la ha bañado y esta lustrosa. En sus sinuosidades crecen esbeltas yerbecitas y se han acomodado las ramitas secas caídas de los cedros. La roca está tan lustrosa que parece cubierta con una capa de cristal. Jóvenes árboles empapados por la lluvia la rodean custodiando su augusta vejez.

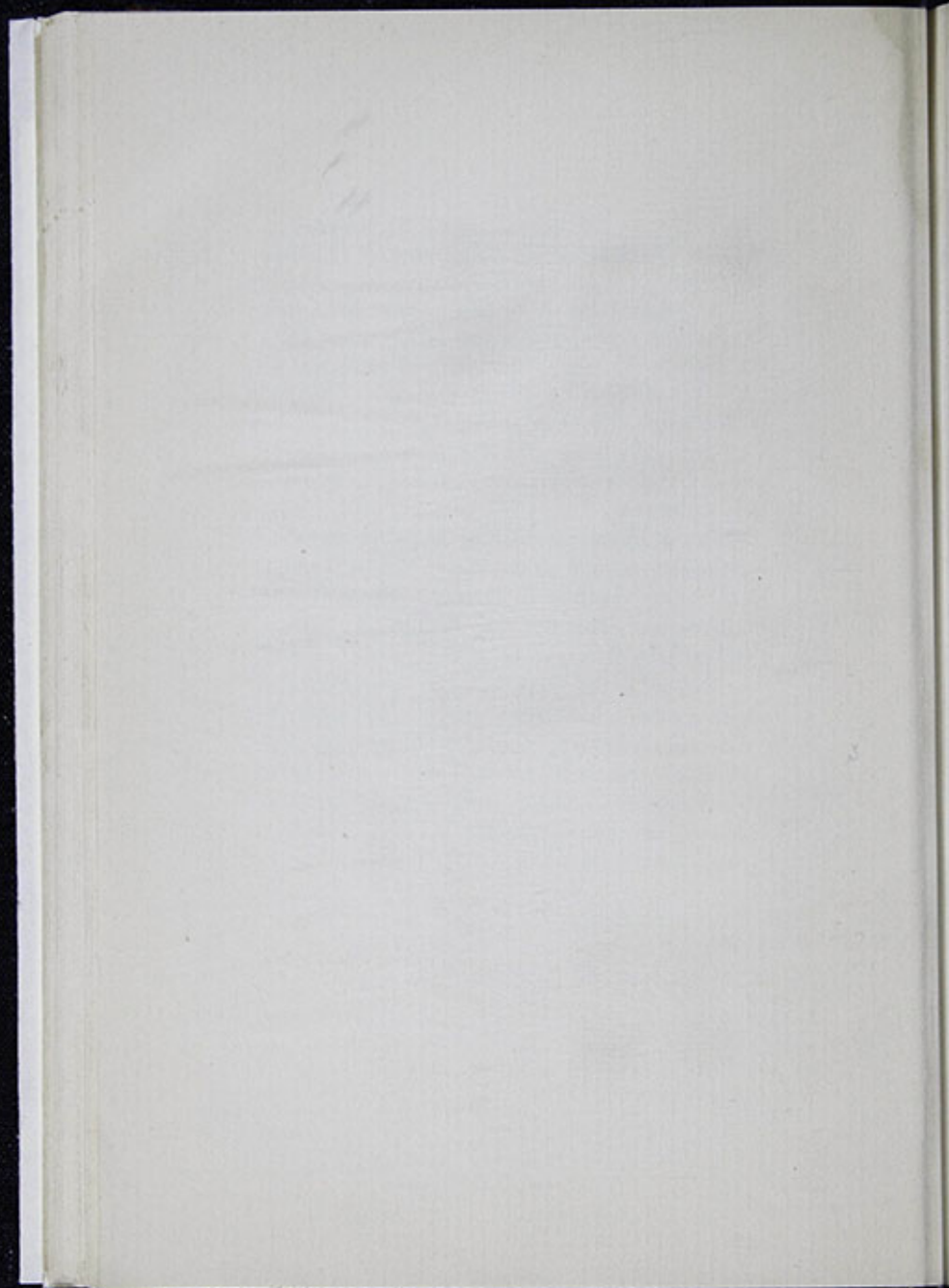
Llueve... Un rumor fresco y monótono invade la espesura reconcentrando en el hombre que escucha y que contempla, los recuerdos de

la vida que se fué y las esperanzas de la vida que viene...

Por los ramajes de los oyameles se desprenden hilillos cristalinos, y por sus troncos, antes cenizos, el agua chorrea lustrándolos y transformándolos en fustes bruñidas, donde la tenue luz del cielo tieubla.

Llueve, llueve... tan tupidamente llueve que el bosque entero parece un bosque sumergido en el mar.

Entre el húmedo rumor de la lluvia, bajo el bosque adormecido en nebulosa claridad, entre aquel vaho vigoroso y freseo, se mueve en ondulaciones apagadas una misteriosa sinfonía vivificante.



### UNA VEREDA SOBRE UN ARENAL

Rodeando la base del Volcán, una vereda serpentea por los arenales, arriba de los límites de la vegetación.

Es muy poco frecuentada, pero a pesar de que las gentes pasan muy raras veces por ella y no obstante que el viento revuelve sin cesar las arenas, la marca que ha dejado el paso del hombre es visible, desde muy lejos; pero cuando se la busca de cerca, sobre la arena gris, se la encuentra difícilmente. Es como todas las obras del hombre: mas aparente que real.

Marcada entre robustas matas de zacate, sale de entre un bosque y penetra por una barranca poco profunda, por cuyo fondo ondula para subir precipitadamente por una pendiente y trepar por montes arenosos, que van haciéndose mas y mas ásperos; sube por declives cubiertos de cantos rodados y de escorias volcánicas; corre por un desfiladero y penetra en el fondo de una pavorosa barranca, cuya grandeza y desolación detienen al hombre que pasa.

Entre peñascos la vereda serpentea y asciende por una pendiente extremadamente pronunciada hasta alcanzar la cima de un enorme contrafuerte, en donde da vueltas y mas vueltas al derredor de grandes rocas, para seguir por extensísimos arenales, grises y desolados.

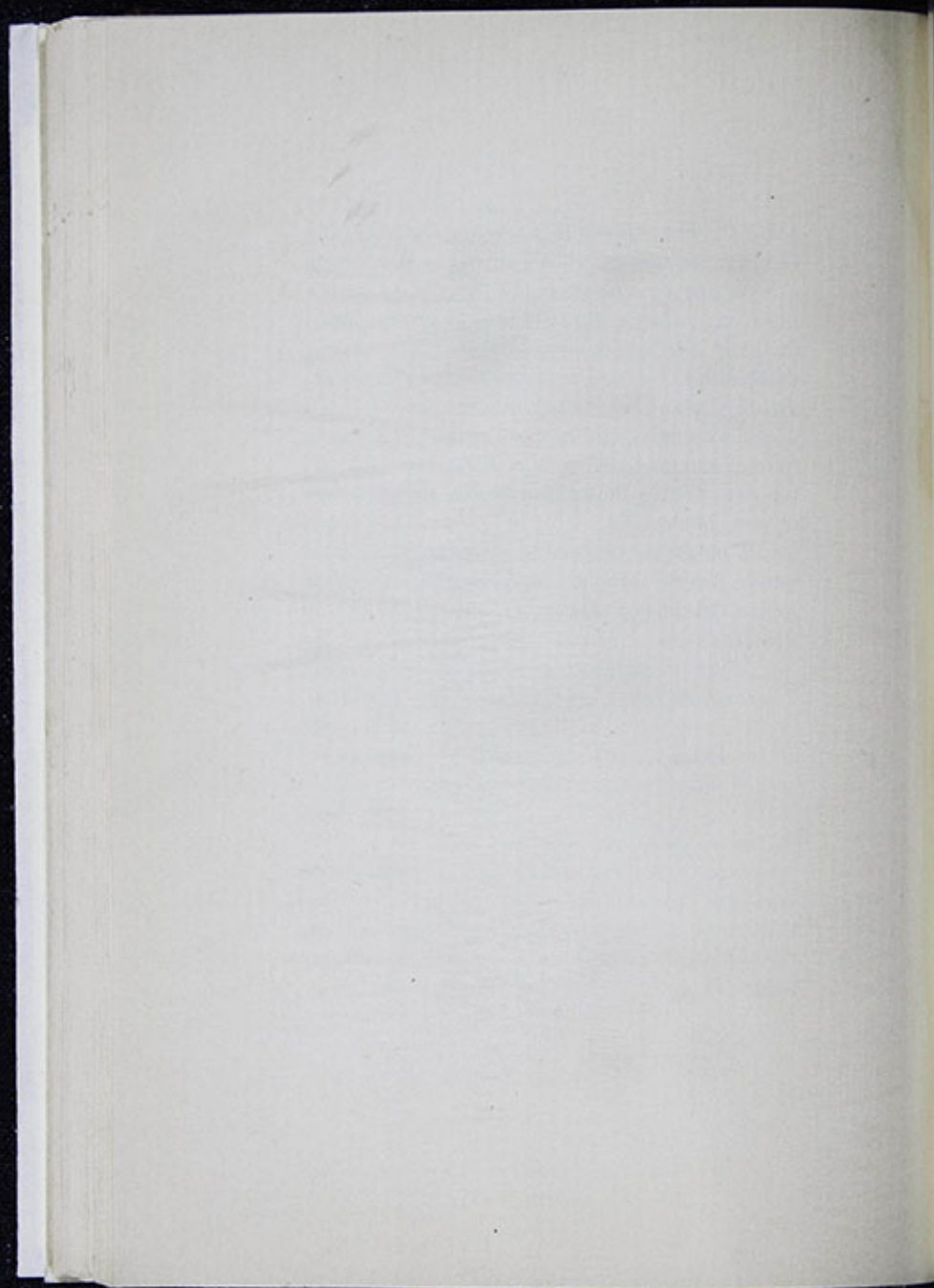
La marcha es fatigosa. Un sol terrible hierre las arenas y la reverberación quema el rostro.

Los picachos enormes que salen sobre los declives y los acantilados que sostienen el domo de nieve del volcán abruman al caminante. Un viento poderoso detiene la marcha y arroja sobre la cara en oleadas ardientes, un polvo sutil. Llueve lumbre. No hay la menor

señal de una corriente de agua. La montaña al desgajarse se cubrió de aridez, y por donde quiera que se vuelva la vista, sólo se miran abruptas peñas coronadas de enormes masas de hielo verdoso, o arenales grises, o rocas careomidas, y abajo, bosques destruidos por el viento y blanqueados por el sol.

La vereda continúa ondulando por los arenales. Sube por el filo de una loma y pasa entre dos montes de escoria rojiza corroída por el aire implacable...

La angosta, ondulante y larga cinta gris que rodea la base de la montaña, marca el límite del paso del hombre.



### LA TEMPESTAD SILENCIOSA.

La borrasca de nieve se ha abatido furiosamente contra los hielos durante todo el día.

Los peñascos enormes que se levantan en filas paralelas en el límite de las nieves eternas, tienen todas sus oquedades y todas sus prominencias cubiertas de montones de blancos copos. La dureza de las capas de hielo ha desaparecido bajo la morbidez de la nieve recién caída.

Al declinar la tarde la borrasca cesó y una niebla espesa y amarillenta cubrió toda la fría región. La oscuridad crecía de momento en momento. Rosando las nieves pasan pesadas nubes negras—una tan compacta y tan cerca de mí que instintivamente levanté la mano y la introduje en su pardo y espeso seno. En el mismo instante empezaron a caer a lo largo de mi brazo y sobre mi cabeza, gruesos granizos.

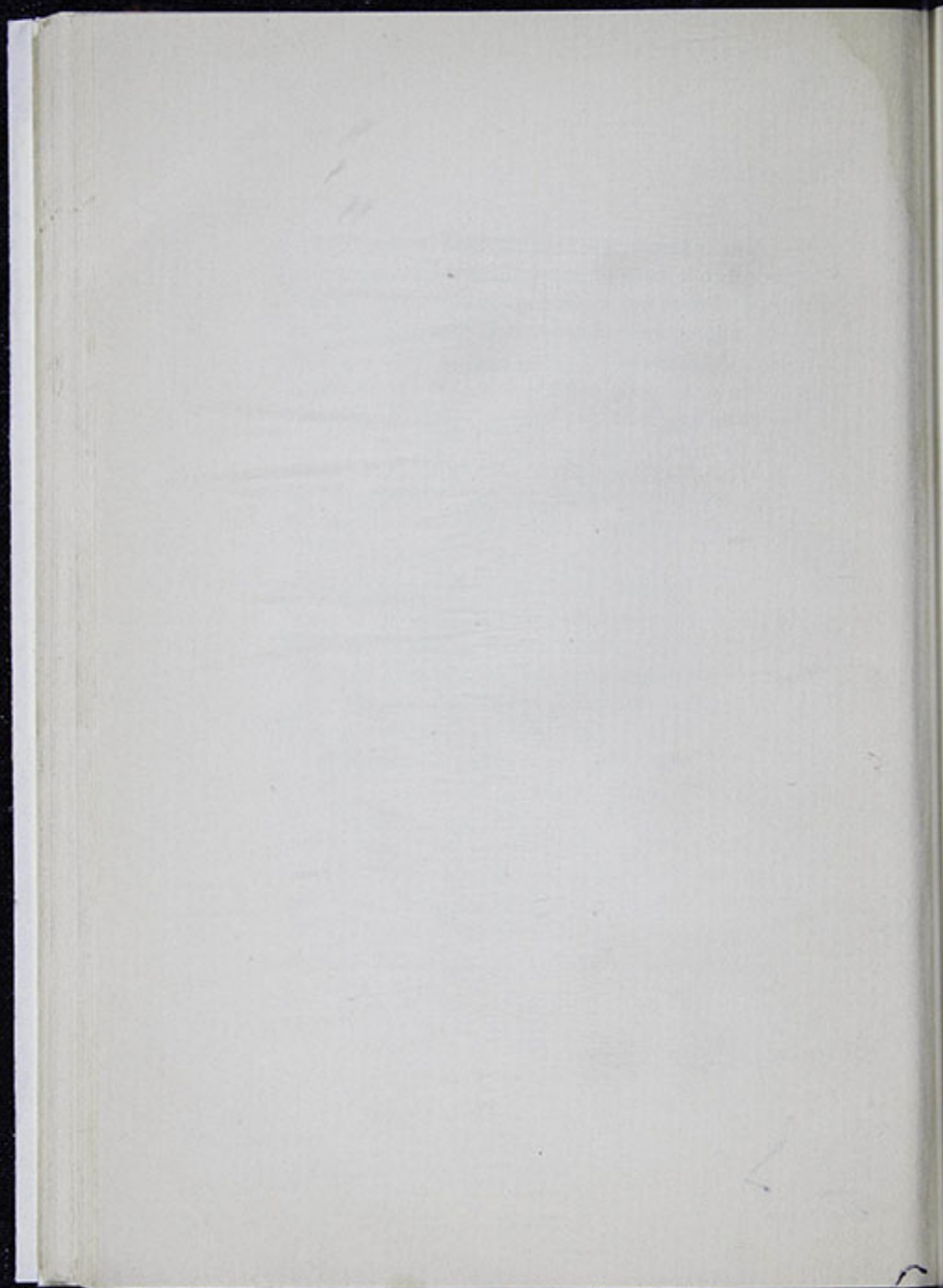
La nube me envolvió. Mis ojos atónitos miraban las violentas reconcentraciones de aquel vapor espeso, y mis manos ávidas, de las cuales había quitado los guantes, cogían entre la densa niebla los redondos granizos, pero mis ojos no pudieron ver como nacían.

Largo tiempo estuve envuelto en aquel fluido generador de helados frutos y cuando la nube desapareció yo tenía la sensación que se experimenta al dejar los carretes de una pila eléctrica.

Un silencio extraño, inquietante, pesaba sobre los hielos y parecía moverse entre la claridad opaca de la niebla. Hacía un frío penetrante y húmedo... Entre la atmósfera helada, empezaron a estallar ténues relámpgos. Repentinamente una violenta vibración eléctrica iluminó la niebla y un globo incandescente estalló sobre un peñasco, como un cohete enorme, pero sin producir ruido... y luego, otro y otro. Eran globos de un color verde intensísimo, rodeados de un halo rojizo. Estallaban vivísimamente y por todas partes, sin ruido, iluminando la bruma de un color imponderable, y saturando la atmósfera de un potente olor a ozono.

Una extraña fuerza me hizo ponerme en pie sobre la roca en inconciente movimiento de deseo. Sobre mi cuerpo estallaron con fúlgida y silenciosa rapidez aquellos extraños mundos eléctricos.

En el seno de la nube hendido por la punta de la montaña, los negros peñascos, cubiertos de nieve, presenciaban impasibles el espectáculo maravilloso, y las vibraciones luminosas ignoraban que entre su luz había un hombre.



## EL VIENTO

Fluido sutil dentro del cual vivimos—caricia impalpable de los huertos floridos—distribuidor de vida—espíritu que infla la vela de la barca—aliento de la Especie—ironía invisible que juegas con los símbolos sagrados de los pueblos en las puntas de los mástiles—viento impalpable—manto protector del Planeta vivificas y envuelves toda la naturaleza y tu potencia se ensaña contra todo lo grande, y contra todo lo fuerte.

Dicen que eres ligero y tu peso enorme gravita sobre nuestros cuerpos y sobre el mundo.

Dicen que eres incoloro y la Tierra entera está cubierta de tu maravilloso manto azul.

Dicen que eres voluble, y tu inconcebible tenacidad destruye las montañas.

Tu prodigiosa fuerza agita los mares y los bosques, sacude los grandes árboles, los incli-

na, los deshoja, los desenrama, los desenraiza, los destruye, y subiendo por las laderas de los montes en invariable dirección, taladra las rocas, desbarata los peñascos y empuja por la atmósfera las nubes luminosas, grandes y redondas como mundos...

Destructor omnipotente—sembrador de vida—viento sutil—vivificas y destruyes—agitas y distribuyes.—

#### EL VIENTO EN LA LLANURA

Desde los escarpados picos del Popocatepetl, en las llanuras que se extienden allá abajo, muy lejos, se mira el polvo levantado por el viento, estirarse en espirales altísimas que se van tornando transparentes hasta confundirse con la claridad de la atmósfera. Capas de polvo quietas en las llanuras son arrastradas repentinamente por el viento del Oriente y lanzadas sobre la Urbe. De las tierras que el hombre despobló de verdura o de regiones desecadas, el aire levanta densas nubes de arena y las arroja sobre los campos volviéndolos estériles, y sobre los poblados, como un vaho mortífero.

## EL VIENTO EN LOS BOSQUES

El viento mira la grandeza de la montaña y se revuelve contra ella. Pero al subir por las laderas, los bosques de pinos flexibles y elegantes, destruyen su empuje y entre las ramas aromáticas, su aliento se perfuma y su furia se convierte en sinfonía musical que flota y se prolonga largamente con suprema armonía. A la sutileza terrible del aire se ha opuesto la flexibilidad del follaje, y el bosque entero, bajo la influencia de la movable atmósfera, se convierte en un oleaje de verdura rumoroso como el mar.

## EL VIENTO CONTRA LOS GRANDES PINOS

Pero apenas la montaña levanta sobre los bosques sus flancos enormes, el viento se enfurece, silba, ruge, azota. La vegetación se extremece, los troncos se inclinan y las ramazo-

nes se revuelven desesperadamente en las cimas de los árboles. Una rama cae, otra se retuerce, gimen y rechinan los troncos, se agitan torpemente los brazos mutilados, un frío glacial los seca y el sol los blanquea.

Abatimiento y desolación.

Campe de batalla abandonado parece esta región de lomas cupulares, muerta entre los arenales grises y los verdes bosques.

Entre la áspera yerba amarilla que cubre las lomas surgen colosales pinos que han crecido entre la angustia de secular y constante tortura. Han opuesto al viento su sólida estructura mantenida por una sabia potente, pero están aislados en la grande altura y el viento los azota hora tras hora, día tras día, siglo tras siglos,—siempre. Los inclina lentamente, los despoja con paciencia de sus pequeñas ramas, retuerce los vigorosos brazos del árbol, los mutila, los arranca, pule el tronco con suave perfidia, lo desenraiza y al cabo de siglos lo abate y lo convierte en un esqueleto que blanquea sobre la yerba amarilla como la osamenta de un animal sobre la arena del desierto.

Rígidos y descarnados, yerguen sus siluetas grises sobre los arenales grises, entre el aire claro, o entre la niebla espesa.

Aún cuando el viento no sopla, su acción omnipotente se hace sentir sobre estos bosques inclinados, como la acción de un tirano sobre un pueblo de esclavos.

Uno tras otro, en largas filas, los enormes troncos inclinados están bajo la potencia del aire, doblegados, desamparados.

Cada uno es el símbolo de una dramática lucha—cada uno es un canto a la vida y a la muerte. Sobre estas lomas áridas la sutileza intangible ha osificado una ironía trágica.

Esqueletos gigantescos desviados de la perpendicular característica de su vida, inclinados todos en desesperadas actitudes hacia el cono corroído del Volcán, mutilados, los troncos cenicientos tienen algo de humano, algo de implorante. Hay en ellos el lamento impotente y seco de la existencia vencida. Algunas ramas torcidas parecen pedir gracia. En los días claros y tranquilos, sobre los árboles inclinados en trágico ritmo de muerte, se siente el hálito de una fuerza omnipotente que acecha.

Algunos conservan una enmarañada ramazón agarrada con torpe desesperación al tronco escueto.

He visto uno en el límite de los zacatales, de cuyo tronco central parten dos ramas que conservan en su parte superior, algunas retorcidas ramazones. El viento ha marcado sobre este esqueleto su formidable fuerza, y aún cuando el aire esté tranquilo, sobre el árbol retorcido—lira rota donde canta la muerte—se siente el sople del huracán.

En el filo de una loma, como descomunales huesos calcinados, dos troncos, casi juntos, con algunas protuberancias lisas, se inclinan sobre una barranca profunda y arenosa—se asoman a la muerte,—se asoman a su tumba.

En el límite de un arenal, sobre las últimas yerbas, una serie de troncones fantásticamente retorcidos tienen sus enormes ramazones volcadas contra la arena, negruzcas y sinuosas, y cuando el viento las agita, semejan enormes medusas que buscan un refugio.

En la boca de una cañada varios troncos se retuercen desesperadamente. Sobre ellos el aire se ensaña implacable, zumbando entre dos desfiladeros. El límite constante de la fuerza del huracán es de tal manera preciso, que to-

dos los troncos están inclinados a la misma altura. Los árboles nacieron y fueron poderosamente nutridos; sus troncos crecieron hasta poca distancia del suelo y cuando asomaron su punta en el límite invisible donde el aire sopla, éste fué imprimiendo su dirección a la naciente extremidad del árbol, lo fué alargando horizontalmente, y los pinos crecieron hacia el volcán, en vez de crecer hacia el cielo, como obligados por los cuidados de un jardinero loco. Los árboles doblegados, con sus ramas estiradas, todas en la misma dirección, semejan algas arrastradas por una corriente.

Donde las arenas empiezan a invadir los grandes zacatales, aparecen semienterrados, largos troncos—enormes osamentas de pinos que defienden con sus cuerpos fofos y blanqueados, a la angustiada vegetación muriente.

Estos detritus insepultos parecen los restos de un naufragio. Hay troncos largos y lisos semejantes a vergas de navío; troncos que asoman entre montones de madera gris y esqueletos de curvas ramas, que se parecen a restos de naves encalladas sobre la playa. Sus cuerpos podridos, sus cortezas carcomidas se desprenden al menor contacto, pero bajo la corteza seca, el alma de los viejos árboles está viviente aún después de siglos y al cor-

tarla a hachazos, despiden un penetrante olor de resina.

De la médula aromática del árbol que Linceo y los Aztecas ungieron con el título de religioso, y cuyos restos mortuorios se destruyen bajo la inclemencia de la atmósfera y se sepultan en la aridez de las arenas, yo he cortado los fragmentos que ante mi choza han conservado el fuego durante las noches heladas—savia milenaria dormida bajo un sudario—que ardía violentamente en llamaradas vigorosas y sobre las cuales seguía soplando con furia el viento.

En medio de estos seres abatidos, doblegados, vencidos, he visto un pino colosal, erguido en la parte más alta de una elevada loma—un pino enhiesto, solemne, altivo, absolutamente a plomo sobre la tierra, con sus enormes ramas secas extendidas horizontalmente en el aire como múltiples brazos, rígidos, en gesto imperioso sobre el cementerio.

Al subir por los bosques se le mira aislado, como a centinela invencible en el último límite de la vegetación, y al bajar por los arenales, se le contempla, desde muy lejos, sobre el cielo, como un extraño signo de energía surgido milagrosamente entre la arena que desciende

a destruir los bosques y el viento que sube a destruir la montaña—como un supremo esfuerzo de la vegetación vencida, como un símbolo de la Conciencia que en el más peligroso lugar del combate implacable, surge magníficamente entre el constante azote y la constante destrucción de las fuerzas de la naturaleza...

“La vita no ma la virtu sostenta  
Questo fiero e indomito cadavere”.

Silba el viento—la vegetación se extremece—los troncos rechinan—gimen las ramas—silba el viento furiosamente y en el bosque torturado se oye el crujir de ramas que se desprenden y el golpe seco de los troncos que caen sobre la yerba amarilla.

### EL VIENTO EN LOS ARENALES

Sobre los arenales que descienden en declives desde los formidables acantilados y que cubren la colosal estructura de la montaña, el viento se apacigua, canta y juega con el polvillo gris, como un guerrero que cansado de luchar, se divierte con unos niños.

## EL VIENTO CONTRA LAS PIEDRAS

Mas si sobre los declives surge una roca el viento deja de jugar, y la embiste con furia, con una furia visible, humana, malévola. La hiere, la azota, la raspa, la lima, abre canales en su dureza, la taladra, desprende sus moléculas y al cabo de siglos la destruye, convirtiendo su masa compacta en polvo que rueda por los declives y que la lluvia arrastra por el fondo de las cañadas convertidas en torrentes que se encaminan a los ríos cuyas aguas van llevando las arenas hasta el mar... Allá vá la Montaña.

Las vértebras colosales del Popocatepetl asoman sobre pardos arenales y sus cimas rojizas parecen corroidas por ácidos. En sus masas gigantes el aire marca su dirección invariable y en la dureza de la roca hay estrías como canales abiertos por una máquina.

De las vértebras desbaratadas por el aire, descienden las arenas en mantos enormes que cubren los formidables contrafuertes de basalto, por donde el aire sopla, pero al otro lado de los peñascos reina la quietud, y la osamenta de la Montaña está lisa, pulida, y en

algunas partes la roca conserva la forma ondulante que le dió el fuego—llamas de piedra al abrigo del aire destructor que atestiguan la potencia ígnea y la antigüedad de su esfuerzo.

En la cima de un declive arenoso una roca roja, saliente entre lajas grises que el viento no toca, es el único resto de un enorme espinazo que el viento destruyó. Su dureza es cosa efímera ante la tenacidad de viento, y su silencio augusto parece revelar la ineludible fatalidad de su destrucción.

Subiendo por entre enormes fragmentos de rocas, en una región desolada, pedregosa y helada, surge la punta de un espinazo sepultado por las piedras. Bajo la luz solar, en el día luminoso y sereno, yo sentí ante este peñaseo el soplo formidable de una fuerza fatal. Su masa está labrada con precisión geométrica y cubierta de estrías paralelas y escalonadas las unas sobre las otras, hasta cerca de su cima sobre la cual el aire ha labrado un encaje. En uno de sus costados, la piedra tiene un taladro poligonal, perfecto como el de un rifle.

Por los declives hay regadas tobas volcánicas negruzcas e irregulares. Las partes no expuestas al aire están lisas y brillantes, pero las que reciben el azote del formidable fluido

están estriadas, o labradas como encajes, o taladradas de una parte a otra con increíble perfección.

En algunas, el aire, encontrando la línea de menor resistencia, ha construído espirales, dando a la roca la forma de un caracol; en otras, escalonadas entre la arena, ha esculpido ondulaciones perpendiculares que semejan los chorros de agua de una cascada, y en la parte más elevada de la Montaña, antes de llegar a las nieves eternas, los últimos peñascos han sido destrozados en una singular forma vertical y paralela, y siempre de abajo a arriba.

Cuando el Volcán terminó el ciclo de sus grandes erupciones, ocultas fuerzas, obedeciendo a ignoradas leyes, hicieron surgir en su flanco poniente una protuberancia enorme— otro volcán que no hizo erupción.

La Montaña estaba ya vieja y no pudo crear un nuevo cráter, produjo sólo un tumor de piedra redondo y agrietado que durante incalculables épocas vivió colocado en su flanco defendiéndola de la terrible furia del aire. Pero ni su dureza ni su enormidad resistieron a la tenacidad inconcebible del fluido invisible, que durante millones de años sopló y sopló

hasta desgajarlo y corroer su masa colosal, rompiendo la armadura de basalto que la sostenía y formando al cabo de los tiempos una barranca que es una formidable catástrofe.

Del antiguo domo quedan solamente girones de roca; hileras de peñascos entre montones de piedra; aberturas profundas llenas de pedruscos; grietas sinuosas salpicadas de arenas y en los intersticios y en los declives y en las profundidades de la enorme barranca los hielos han extendido su manto cristalino.

Las hileras de rocas paralelas bajan ensanchándose desde la punta que indica el lugar del antiguo tumor, rodeadas de chorros de peñascos detenidos los unos contra los otros en peligroso equilibrio y que se precipitan en avalanchas hasta el fondo de las cañadas donde se amontonan y se cubren de nieve.

Desgajamientos enormes descienden en forma triangular, erizados de peñascos carcomidos. En el fondo de los precipicios, sobre la arena gris yacen enormes pedruscos caídos de los picachos, y ligados los unos a los otros con estabones de hielo mezclado con arena e incrustado de piedrecitas rojas y negras.

Peñascos grises, solitarios como torres destruídas, se levantan desde lo más profundo de la barranca y sus masas agrietadas parecen es-

perar en su silencio resignado, la hora de la catástrofe final.

Cuando al caer la tarde el sol ilumina este drama de piedra, y las masas de rocas bañadas en el sereno azul del cielo parecen reposarse del castigo eterno, el viento, por la atmósfera diáfana, viene ya en camino, y al llegar la noche seguirá destruyendo los peñascales.

### EL VIENTO CONTRA LA NIEVE

Y la montaña sigue elevándose.

En el frío de la atmósfera su organismo de basalto se ha cubierto de gruesas capas de hielo verdoso, acumulado en estratificaciones superpuestas que revelan su antigüedad y en masas transparentes, cristalinas y agrietadas, lisas y cortantes.

Témpanos enormes asoman sus puntas entre los ventisqueros, y barrancas profundas, transparentes y lisas como una pieza de cristal de roca, se abren entre los hielos y penetran hasta las profundidades de la montaña, donde

las aguas corren a centenares de metros de profundidad entre maravillosos túneles de opaca nieve.

El viento se ensaña contra los hielos, los lame, los frota y trata de destruirlos, pero las nubes generosas renuevan año por año su masa, y a la tenacidad del aire se oponen la munificencia de las nevadas, la energía del sol que licua los copos y el constante trabajo del frío congelante.

La Montaña ha encontrado una defensa tan tenaz como la misma tenacidad del viento, y en su cima helada se elabora sin descanso una múltiple energía defensiva.

#### EL VIENTO CONTRA EL CRATER

Entre la atmósfera enrarecida la nieve reverbera bajo los rayos del sol.

Al derredor de las masas maravillosamente luminosas que parecen incandescentes, el cielo está negro.

Fajas enormes de hielo se escalonan hasta el vértice del Volcán sumergido en el profundo abismo del firmamento.

Trás una enorme muralla de hielo aparece repentinamente otra enorme muralla roja, de estratificaciones horizontales, silenciosa y solemne como una ruina. Del filo cortante de los hielos bajan enormes paredes rojizas y grises formando un pozo enorme que se abre desesperadamente. Este agujero fantástico está callado, y sus muros carcomidos revelan la antigüedad de su silencio, los espasmos de su pasado, la tristeza de su presente y la tragedia terrible que ha desgarrado su boca desmesuradamente abierta en la frialdad de la altísima atmósfera.

Chimenea apagada—hornaza extinguida por donde salió la conciencia añiente de la tierra—el viento implacable te corroe. Los labios de tu boca que el fuego esculpió en la cima del Monte Augusto, son los labios de un cadáver carcomidos por el pico de un buitre.

## EL VIENTO CONTRA LA MONTAÑA

Ráfagas de viento... Rumor de frondas..  
El viento agita los bosques—rumor de oleaje  
parece.

Ráfagas de viento en la noche helada y lu-  
minosa... contra los esqueletos de los pinos.  
Una rama caé—ppafff.

Chicotazos del viento contra las rocas—  
golpes secos. En la claridad de la noche vibra  
el dolor de la peña. **Se la vé sufrir—se la mira**  
padecer—y sus rudas aristas lloran arena.

Paaff—Un golpe, terrible, contra chorros  
de hielo colgados entre los abismos—ruido de  
cristales rotos, rumor de botellas que ruedan  
por escaleras de piedra.

El viento zumba... La Montaña se iergue  
con gesto de fastidio impotente.

De los bordes del cráter se desprenden  
gruesas piedras que caen sobre la nieve con  
golpe de fruta madura sobre el suelo...

Ráfagas de viento helado y cortante embisten la Montaña...

En otro tiempo el Volcán se levantaba como inmenso pebetero acabado de salir de las manos de un artífice—pieza de bronce y plata de una grande regularidad y perfección.

Su sólida y terrible masa parecía eterna. Levantada sobre la atmósfera proclamaba su grandeza y coronaba su orgullo un inmenso penacho de llamas y de humo.

Pero el fuego interior se extinguió, su cima se cubrió de nieve, y el cráter, vacío y profundo empezó a recibir el empuje del aire.

Y un día el viento desperdió de las rocas nuevas una microscópica partícula, y otro día otra y otro día otra... La Montaña continuaba impasible y a través de las edades aparecía todavía incólume. Pero el tiempo continuó pasando y el viento también, incansable, tenaz, feróz, siempre en la misma dirección, siempre invisible. Azotó la Montaña día tras día, siglo tras siglo, época tras época. Destrozó sus espinazos de piedra, martilleó sus acantilados, los convirtió en polvo, desenraizó sus bosques, y con aterradora energía despedazó al cráter.

Ráfagas de viento... Rumor de frondas...  
El viento agita los bosques—rumor de oleaje  
parece.

Ráfagas de viento en la noche helada y lu-  
minosa... contra los esqueletos de los pinos.  
Una rama cae.

Chicotazos del viento contra las rocas—  
chasquidos—golpes secos. En la claridad de  
la noche vibra el dolor de la peña. **Se la vé  
sufrir—se la mira padecer**, y sus rudas aristas  
lloran arena.

Un sólo golpe, terrible, contra chorros de  
hielo colgados entre los abismos—ruido de cris-  
tales rotos, rumor de botellas que ruedan por  
escaleras de piedra, El viento zumba..... La  
Montaña se iergue con gesto de fastidio impo-  
tente.

De los bordes del cráter se desprenden grue-  
sas piedras que caen sobre la nieve con golpe  
de fruta madura sobre el suelo...

Ráfagas de viento helado y cortante embis-  
ten el Volcán... ..  
... ..

Qué cosa fatal es ésta Montaña vista bajo  
la acción del viento impalpable! Se la siente  
dolorida, desesperada bajo la sutileza invisí-

ble, y a veces parece que se levanta no como una fuerza, sino como un lamento. En la claridad de la atmósfera sólo consuela su desmoronamiento el sudario cristalino de la nieve.

Allí donde ella opone una resistencia más dura, allí es donde el viento se ensaña. Más el monte se yergue, más el viento lo destruye. Y cuando en venideros tiempos haya abatido su mole enorme, sobre la tierra aplanada, nacerán bosques y jardines y ciudades que florecerán en la tranquilidad de la atmósfera, pero allá arriba, donde estaba la Cúspide Augusta, implacable seguirá soplando el viento.

## EL SILENCIO

Sobre la cima del Volcán la tempestad había cesado, y al anochecer las nubes bajaron hasta posarse sobre los valles.

Callada la noche—sideralmente muda y luminosa.

La Montaña era una isla de nieve sobre un quieto océano vaporoso.

Los ruidos violentos y encontrados que la agitan constantemente, desde los bosques hasta la cúspide, se habían extinguido. Bruscamente palpó el silencio en la profundidad del misterio y la más aterradora calma bajó de los cielos y cubrió el monte.

El cono formidable surgía entre un mar de nubes opacas, aislado en el espacio, solemne y

callado en la profundidad de la noche tachonada de estrellas, cuyo cintilar era llovizna de luz suspendida en el aire.

El cráter inmenso parecía esperar la caída de los astros...

Todo estaba silencioso. Una paz inmensa y fría dormía sobre el Mundo.

La suavidad de la luz estelar hacía palpar el misterio del Universo sobre la cima del volcán apagado, y algo extraterrestre y helado comprimía el espíritu.

En la inmensidad de la noche, bajo el firmamento iluminado de soles lejanos, se oía el Silencio venir en ondas oscuras de las profundidades del Abismo...

### LAS NUBES

Destructor omnipotente—sembrador de vida—el viento sutil vivifica y destruye, agita y distribuye. El mueve las nubes.

Nacen en los flancos arenosos del Volcán humedecidos por los deshielos, en espirales pequeñas y sutiles, como el humo que se desprende de un cigarro—entre los bosques mojados por la lluvia y calentados por el sol—sobre las rocas áridas—de los témpanos de hielo—de las narices de los animales—de entre las moléculas mismas de la atmósfera.

Errabundas impalpables—que preñadas de consuelos y de lágrimas—por la atmósfera diáfana—camináis, empujadas por el viento—saturadas de tormentas—luminosas y cambiantes. Váis vagando por el espacio profundo—ocultando el sol, la luna y las estrellas—dando sombra a los bosques—y a la tierra arada—que un torrente de lágrimas fecunda.

En las tardes luminosas—sobre las cimas de los montes—ruedan como mundos incendiados—y en las mañanas de otoño—se extienden como mantos sobre los valles—semejantes a mares de vapor—y en las noches tranquilas—sus siluetas largas—sobre el firmamento constelado—son como peces de nácar—nadando entre piedras preciosas.

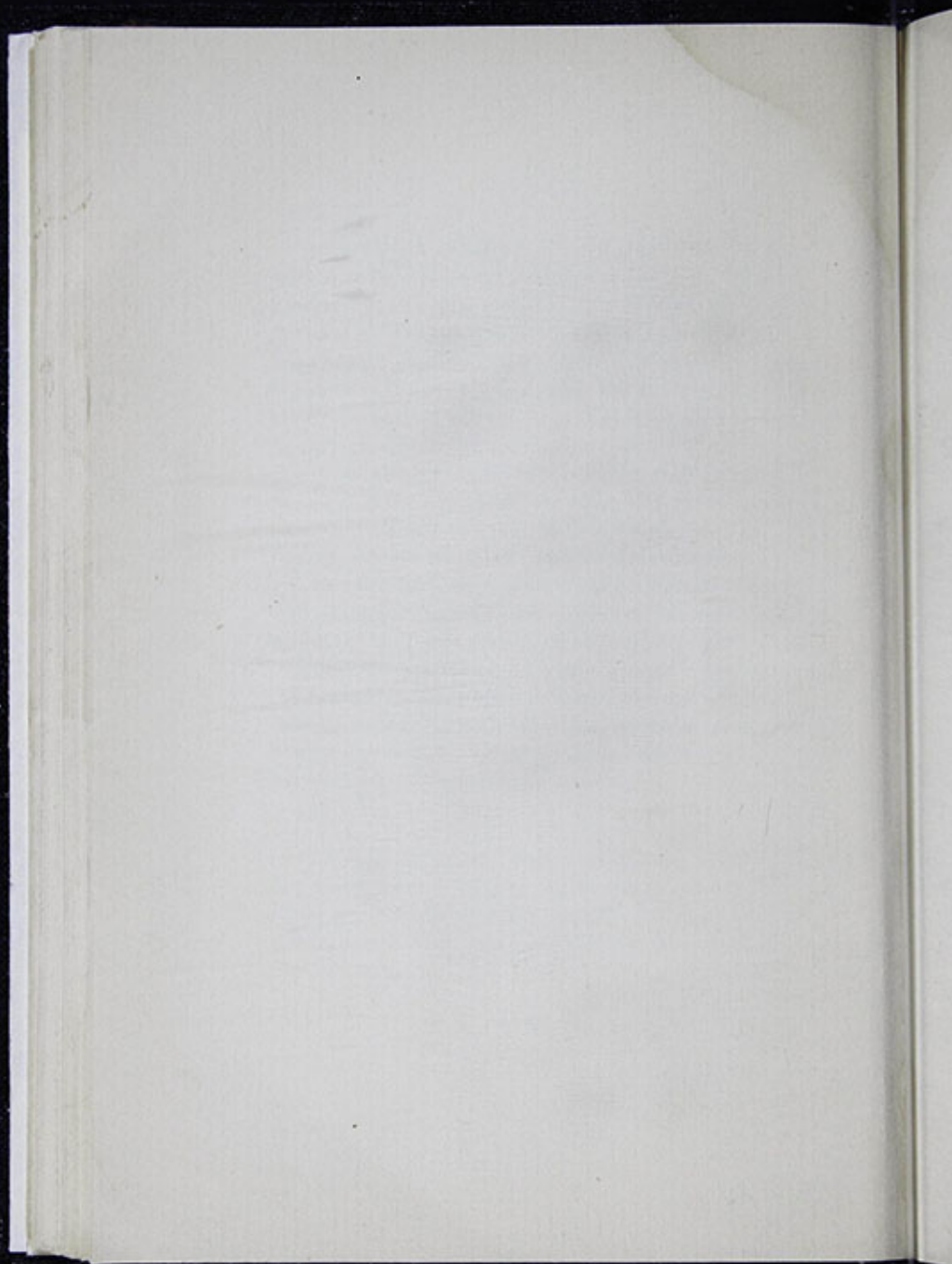
Errabundas impalpables—saturadas de tormentas—en vuestro seno vá escondido—el fluído que nos dió la vida—y el sudario eterno con que nos eubrirá la muerte.

Apaciblemente se van acomodando sobre los valles y en apretados copos cubren los bosques, los sembrados y los montes. Las montañas enormes salen entre las nubes como las islas del mar.

Sobre los altísimos picachos nevados forman girnaldas vivientes o se acumulan en torno de un cráter pavoroso y careomido— reliquia de una fuerza desaparecida.

Largas, apacibles, blanquecinas, parecen dormir sobre las cañadas, y en girones flotan sobre los montes después de las tempestades.

En los días transparentes del invierno, oran el cielo inmenso con plumajes fantásticos, que el sol colora de irridiscencias sutiles, y en las tardes de verano, enormes como mundos, giran sobre sí mismas, cambian de forma a cada instante y en masas formidables se precipitan por las enormes cañadas, silenciosamente, apretándose en densos cúmulos, rasgando sus vientres entre los acantilados, oscureciendo los bosques y envolviendo en su yaho oliente a ozono la Montaña toda entera que se baña y se blanquea.



## EL FRIO

Pequeñas gotas de agua desprendidas por el calor solar corren entre los hielos y se unen, de distancia en distancia, penetrando, en chorritos, por las aberturas de los ventisqueros, y por ocultos canales van corriendo hacia las profundas grietas heladas donde forman arroyuelos que bajo los hielos salen por intersticios y se desprenden por precipicios oscuros.

Las aguas revueltas con la arena se tornan turbias y al desprenderse sobre los peñascos no se ven—se escucha solamente un rumor extraño, como el de una cascada interior.

En la claridad del día, el sol mantiene líquidas las aguas de los deshielos y un rumor solemne palpita entre las enormes murallas perpendiculares que sostienen las nieves. Pero en el instante en que el disco solar se oculta en el horizonte, las murallas negruzcas se cubren instantáneamente de blancas estalactitas de nieve, y allí donde todo era negro aparece como por encantamiento una fantástica decoración cristalina.

El frío congeló las aguas y apagó todo rumor—La Montaña se heló. Sus nieves se cristalizaron y sus arenas húmedas se petrificaron. El frío del espacio cayó entre las moléculas de la atmósfera enrarecida, como una garra, y apretó el Volcán.

#### AMANE CER.

Todavía las Pléyades están a grande altura sobre el horizonte del Poniente...

La luna descende sobre la curvatura de la tierra iluminando la atmósfera con luz violeta imponderable.

El cono formidable del Volcán se levanta ostentando en su cima colosales estrías de nieve que la luz lunar platea.

Camino por la ceja de una loma cubierta de arena. Un viento frío y penetrante silba entre los peñascos. Grandes masas oscuras bajan perpendicularmente por un flanco de la loma

hasta profundidades que la distancia y la sombra de los montes vuelve impenetrables.

Por largos declives de arena que nacen entre las vértebras de la montaña, asciendo pausadamente en la claridad de la noche, y en medio de un paisaje abrupto, solitario y torturado como un paisaje de la luna, visto en el telescopio.

En el cielo auroral, sobre la cima del monte que se levanta como inmensa muralla derruida, palpita una tenue luz semejante a una nebulosa triangular. Es la refracción de la luz del sol, aún oculto y lejano, sobre la atmósfera de la Tierra.

Poco a poco la claridad del alba va iluminando por el Oriente la bóveda del cielo, y sobre el fondo violeta, tenue como una gasa, se delínean las masas vigorosas de las nieves verdosas extendidas sobre colosales acantilados.

En pocos instantes una claridad amarillenta colora el firmamento por el Oriente, mientras que el cielo del Poniente se ilumina de una maravillosa coloración verde esmeralda.

Las últimas estrellas se velan tras de la radiación solar y de la tierra empiezan a surgir ondulaciones tras ondulaciones, montes

tras montes. Profundas manchas oscuras señalan las grandes llanuras del Globo, y hacia el Norte, donde la Estrella Polar acaba de extinguirse, la masa del Iztatzihuatl, surgiendo de la oscuridad de las cordilleras, baña su cima nevosa en la claridad de la aurora y parece, levantada sobre las oscuras ondulaciones, la flor maravillosa del Planeta.

.....

Del cenit va descendiendo hacia Occidente una luz rojiza y antes de que toque el horizonte, aparece en la atmósfera un triángulo oscuro—una estrella opaca—del cual parten dos rayos transparentes. Es la sombra de la punta del Popocatepetl sobre el aire.

Repentinamente los rayos del sol iluminan, en fajas, los campos y los montes de los lejanos horizontes, dibujando sobre valles y montañas, en forma de triángulo, una inmensa sombra, semejante a una fantástica península sobre un mar de nárcar.

La sombra triangular se va acortando pausadamente y las vibraciones luminosas de la atmósfera desentrañan en su penumbra, montes cónicos, extensas llanuras y bosques sombríos suamente bañados por un reflejo azuloso.

Cordilleras y valles, bosques y cañadas, prados y lagos, va descubriendo el sol en su rápida ascensión y su luz potente—y el reflejo de la atmósfera palpitante—iluminan el vasto panorama con desesperante precisión...

Toda la bóveda celeste está azul, y un día espléndido ilumina la Tierra.

### UN LUMINOSO DÍA.

La cúspide de la Montaña erguida entre la altísima atmósfera, domina la tierra.

Frialdad metálica y transparencia de cristal en el aire—luz-luz. Torrentes de luz azul inundan el espacio—fluido azul baña el inmenso paisaje—potentes radiaciones sepultan la tierra en un extraño silencio luminoso...

En la claridad maravillosa del día un viento sutil agita las capas superiores de la atmósfera.

Radiando, en el zenit, el Sol mira pasar el Mundo.

Desde la cima del gran domo del Volcán contemplo la tierra que se extiende hacia el Poniente. La Montaña baja en precipios y se desarrolla hasta los valles en ondulaciones boscosas que se esfuman en la luminosidad de las llanuras.

Abajo, entre los montes, asoman cráteres carcomidos de volcanes extinguidos, y en el horizonte, enorme y trágico, el cráter del Toluca sumerge su desgarrada boca en el azul.

Por los largos declives que descienden desde la roca donde contemplo el panorama, las arenas absorben las radiaciones solares y sobre la fineza de su monotonía los más pequeños detalles son perceptibles a grandes distancias.

Todo está marcado con dramática precisión en este paisaje fantásticamente real: los peñascos enormes sobre el cielo azul, los transparentes témpanos blancos sobre la blancura de los hielos, los pedruscos rodados por los declives de arena, los lejanos bosques, los caminos de los valles, los sembradíos lejanísimos divididos en cuadros, las cordilleras colosales... El panorama tiene el aspecto de un ma-

pa en relieve—es frío y monótono, metálico— parece el panorama de otro mundo, iluminado por otro sol.

Luz—luz—luz azul.... Torrentes de luz azul que bajan en ondulaciones vibrantes— irradiación potente del sol—potencia desesperante de la luz que agobia la Tierra...

Hacia el Sur, el Iztatzihual colosal, mirado desde arriba, parece un palacio de techo metálico. Se ha empequeñecido. Enormes regiones cubiertas de bosques, de valles divididos como tableros de ajadrez—y sobre ellos, como una pequeña pirámide, la Malinche—están sumergidos en luz. En el horizonte, sobre el fondo del mar lejanísimo que señala con una línea plateada la curvatura de la Tierra, el Pico de Orizaba se levanta gigantesco y sañudo.

No hay una nube en toda la inmensa bóveda celeste. La Montaña enorme descende y se aplasta. La tierra se ha vuelto uniforme. Los montes son simples arrugas bajo el cielo sereno y profundo. En la frialdad sin misericordia de la altísima atmósfera el sol espléndido irradia.

LUZ azul—ondulaciones de luz sobre la  
Tierra—esplendor azul—radiaciones de silen-  
cio luminoso...

La mitad de la Tierra está sumergida en  
la pupila magnánima del Sol

### ATARDECER

El sol va hacia el Ocaso, y las montañas extienden sobre los valles largas sombras azulosas.

La atmósfera se colora toda entera de un verde amarillento, y los rayos solares hiriendo de frente las paredes de los glaciers, las convierten en fantásticos palacios de turquesa.

El disco del astro toca el Poniente, y la Tierra está sumergida en una bruma de luz que se interpone de monte en monte y de cordillera en cordillera.

De la base del Volcán una sombra de forma triangular camina lentamente hacia el Oriente, velando los valles y agrandándose con majestuosa lentitud. Es la sombra del Popocatepetl. Su punta fluída va cubriendo suavemente el Pico de Orizaba, asciende por la atmósfera del mar lejano, y en la vaporosidad roja del cielo, otra sombra se le junta partiendo de la cúspide del Volcán y dibujado en el aire un arco inmenso—las sinuosidades del Globo se proyectan en el cielo del Oriente—y entre sus ondas oscuras, la luna llena, rojiza y enorme, surge entre la sombra de la Tierra, que se mueve lentamente...

Espectáculo cósmico que tiene toda la belleza de la realidad tangible y la fuerza representativa de un signo geométrico.

### LA PIEDRA

Piedra, hija de la luz, madre de la luz, tú eres la concreción del Esfuerzo Universal, como una lágrima es la concreción del Dolor Humano.

Cuando la luz de los espacios infinitos se apaga, tu apareces en el éter condensando tu ardimiento entre el frío eterno, y en el fluido sin límites, opaca y redonda, giras en torno de los soles en órbitas inmensas.

Sobre tu resistencia callada se precipitaron las aguas de las nubes espesas y entre tus sinuosidades se extendieron los mares que tu dolor volvió amargos.

Y sobre tu dureza—plinto inmenso—se irguió la Vida.

A tú alrededor todo se mueve y gime: las plantas, las aguas, el aire, los animales, los hombres.

Sobre la Tierra y bajo la Tierra eres solemne. Y tu cósmica antigüedad es Eter cristalizado.

Piedra, yo sé donde está el secreto de tu grandeza: en tú silencio.

En todas partes estás muda:—en los flancos de los montes surgiendo entre los arenales—en las cimas de las montañas sosteniendo domos de nieve—en el fondo del torrente que muge—en las profundidades del océano, cuyo peso soportas sin quejido...

Iridiscente o parda—luminosa como un sol minúsculo o azul como una vibración del cielo—ópalo o basalto—diamante o turquesa—andesita o esmeralda—peñasco o montaña, siempre estás silenciosa o escondida.

Pero el hombre descubrió tu belleza que es grande como tu resistencia y arrancándote

de las profundidades, te colocó sobre todas las cosas: sobre un Altar.

Y fuese una esperanza.

Tú magnánima resignación sostiene las cosas. Eres base o apoyo:  
cimiento en un edificio,  
columna en un palacio,  
clave en un arco,  
pedestal,  
pavimento.

Y cuando no sostienes la materia inerte o los pies de los mortales, sostienes la quimérica esperanza de la Especie.

Y eres dios en un templo,  
monumento,  
tumba.

Sobre tu dureza han pasado, por la aspereza de los caminos, los carros de los vencedores y la amargura de los vencidos.

Siempre escondida y oscura, impávida y

dura, bajo la Tierra o sobre la Tierra, eres silencio. Pero te vuelves radiación cuando el hombre desprende uno de tus cristales maravillosos para ornar a la mujer y sobre su belleza cintilas como un sol lejano sobre la profundidad del Abismo...

Y cuando tus partículas inmensas entrec chocan en las profundidades del espacio, eres luz y gemido—la luz y el gemido del Universo.

### EL TERROR.

Anocheee...

Un fluido tenue y ondulante como una gasa que se agita, flota en el zénit.

Las vidriosas ondulaciones de hielo irradian suavemente bajo la enorme cúpula violeta del firmamento.

Sobre la curvatura de la Tierra, Mercurio cintila.

Poco a poco las radiaciones de las masas nevosas se apagaron, y la cima del Voleán fué envolviéndose en la oscuridad transparente de la noche, en cuyo fluido misterioso comenzaron a brillar las estrellas...

Yo contemplaba la grandiosidad del paisaje y el terrible silencio que descendía de los cielos, cuando repentinamente rasgó el espacio una ráfaga de luz, y un zumbido aterrador me ensordeció. Una oleada de viento pesada y caliente como una oleada de plomo fundido me abatió contra las rocas y vagamente oí el chasquido de algo enorme que cayó junto a mí, sobre la nieve, levantando chorros de vapor...

Algo terrible y frío, como una serpiente, se enroscó en mi cuello. Me ahogaba. Sentí que una garra penetró en mi vientre rasgándome las entrañas y una indecible cosa enfrió mi cuerpo...

Una gran piedra luminosa que cayó del cielo, revivió en el hombre civilizado el terror ancestral.

### EL SOL.

El sol como un ojo implacable mira pasar las arrugas de la Tierra donde germina la Especie.

Su disco luminoso envuelto en llamas, rueda por el espacio profundo...

Sus rayos nos calientan y nos revelan las multiformes apariencias de la naturaleza escondiéndonos durante la mitad de la Vida el misterio de la Noche, y su fuerza nos lleva a través de regiones ignoradas, hacia una catástrofe segura.

Tú eres hermoso, oh sol! en las mañanas, sobre el perfil de una colina, llenando de pol-

vo de oro el aire—eres admirable cuando a la mitad de tu carrera pareces clavado en el zénit, semejante a un diamante fantástico incrustado en una inmensa cúpula de esmeraldas—eres maravilloso cuando descienes hacia el Occidente en los remolinos majestuosos de grandes nubes doradas... Pero cuando desde la cima de la alta Montaña, fuera de la bruma terrestre, se contempla tu energía que arrastra los mundos, no tienes denominación—oh marcha de una Victoria eterna sobre los mundos esclavizados!

Ante tu fuerza he comprendido la impotencia de nuestra ambición y tu luz me ha revelado que para ser verdaderamente sapiente y grande, es necesario coger todas las cosas entre los dedos de nuestras manos y destruirlas en el análisis!

### LA LUNA.

El silencio recorre por las noches los cielos, y en los días claros, parece un viejo plato de latón, olvidado sobre un estuche de terciopelo azul.

Su aspecto es triste, cadavérico, humilde— parece la faz de una pobre muchacha convalesciente.

Sin embargo, cuando las lavanderas dejan olvidadas sus ropas en los tendederos de los patios, su anémico reflejo las quema, y cuan-

do algún viajero, al atravesar los mares tropicales se queda dormido sobre la cubierta de una embarcación, su misterioso reflejo lo ciega.

Su tranquilidad y su melancolía son aparentes. La luna es como esas jovencitas rubias, tímidas y desmedradas que aparecen con humildad delante de un desconocido y que tienen en revolución todo un barrio.

Es hipócrita y ligera—por eso se llama como una mujer.

Y con ellas es implacable...

Y como ellas ejerce una poderosa influencia sobre todas las cosas que la miran—agita los mares, tortura la Tierra—su aparición desata los vientos sobre los océanos y en el fondo de las cañadas.

Dicen que protege a los amantes. No es cierto. Los inquieta y los descubre. Cuando la luz, aunque sea falsa, ha protegido al amor? El amor busca la sombra. Cuando los amantes han mirado la luz de la luna, es porque han dejado de amarse.

Quién te conoce, oh luna?

Los astrónomos sólo te miran— los hombres te confunden con los focos eléctricos de

sus ciudades—los perros te ladran cuando te ven y los poetas te han ahullado toda la vida!

Tú, indiferente, giras al derredor de la Madre Tierra, mostrando siempre tu misma faz enigmática.

Cuando desde la cima de la Montaña te contemplo durante el día sobre el cielo azul, opalina y rugosa, me pareces una joya extraña colocada en el fondo de un escaparate, a la que nuestros dedos curiosos tratan de alcanzar para volverla del otro lado.

1874

## LA NOCHE

Sumergida en la lluvia, la selva de cedros es un misterio húmedo. Los ramajes oscuros, se mueven pesadamente bajo los chorros de agua, como bajo una cascada. En la opaca claridad de la noche brumosa, se esfuman los troncos negros de los árboles y por entre el follaje espeso se filtra un tenue vaho luminoso.

Llueve—tan tupidamente llueve que la selva parece una selva sumergida en el fondo del mar.

La profunda cañada tiene un techo de nubes. En su fondo oscuro no se vé nada—sólo se escucha el ruido de una cascada.

Largos esqueletos de los pinos pretenden taladrar los vientres de las nubes densas. Es-

pezas masas de vapor gravitan sobre el bosque destruído. La atmósfera saturada de agua envuelve la Tierra y oculta el Infinito.

La nieve irradia suavemente bajo la densa niebla. El cráter enorme está azolvado de vapor. En la oscuridad de la noche se vuelven misteriosas las oquedades de los hielos y se prolongan indefinidamente las asperezas nevadas de la Montaña.

Espinazos helados suben suben, suben entre mantos nebulosos. De repente, una extremidad; arriba no hay nada. Las manos buscan otra altura. Nada... La niebla espesa—el ignoto impenetrable—nada... o todo...

La atmósfera densa marca el límite de lo explorable.

Me muevo como una larva en el fondo de un lago que se congela.

En otro tiempo, la Tierra envuelta en una niebla espesa, incubaba en la humedad cálida, la Especie inconsciente. Y el hombre se arrastraba en el fango como un reptil. Pero una noche—una noche gloriosa—el hasar con-

secutivo desgarró las nubes y el espíritu del hombre desprendido del lino primitivo radio sobre los cielos

Sobre tu altura suprema todo es puro, oh Montaña: tus hielos, la atmósfera, mi pensamiento. De tu cúspide adormecida en el silencio de la noche, el hombre como sobre un pedestal, levanta un gigantesca estructura y sumerge en las lejanas promesas del firmamento constelado la inquietud de su mirada.

El Universo entero derrama sobre el Volcán el imponderable fluido de sus astros—llueve luz—llueve la luz del Cosmos sobre el Mundo y la Montaña baña su cima nevosa en la nebulosa infinita del Caos pulverizado en soles.

Caminando por el áspero perfil de una montaña helada—las radiaciones del pensamiento proyectadas como la luz de un faro sobre las profundidades del Espacio—yo sen-

tí la importancia sin límites del Accidente insignificante y prodigioso que rasgó las nubes, y descubrió los Mundos, y transformó la Vida en una espiral sin fin.

De tus entrañas enroscadas en el Espacio—oh Misterio que engendró a la Inteligencia—nació el Deseo que a través del Tiempo y del Espacio ultrapasará siempre los límites de Lo Tangible

Soles, sistemas y vías lácteas, oscuridades que esperan la luz de un cálculo, nebulosas que pululan en el éter, como microbios en un tubo de ensayo, espacios infinitos saturados de universos, luz, movimiento, matemática, armonía, todo nos pertenece...

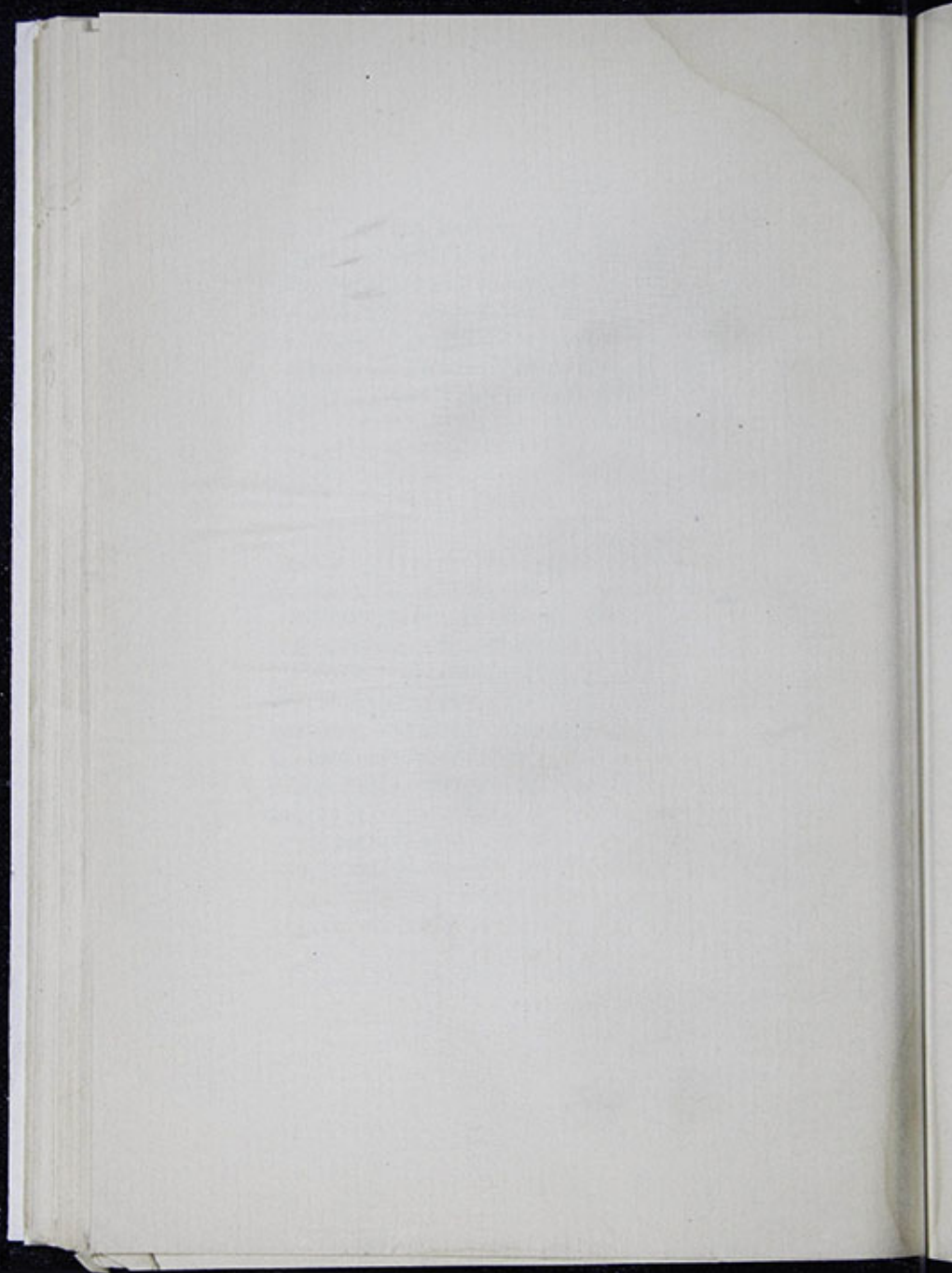
Oh noche como haz hecho grande al hombre!

Todo el Cosmos entrando por el microscópico canal de nuestra pupila, palpita en las moléculas de nuestro cerebro.

Tú eres fascinante oh Noche—más fascinante que la boca de mi amada—más dulce que la palabra de mi madre—más profunda que la

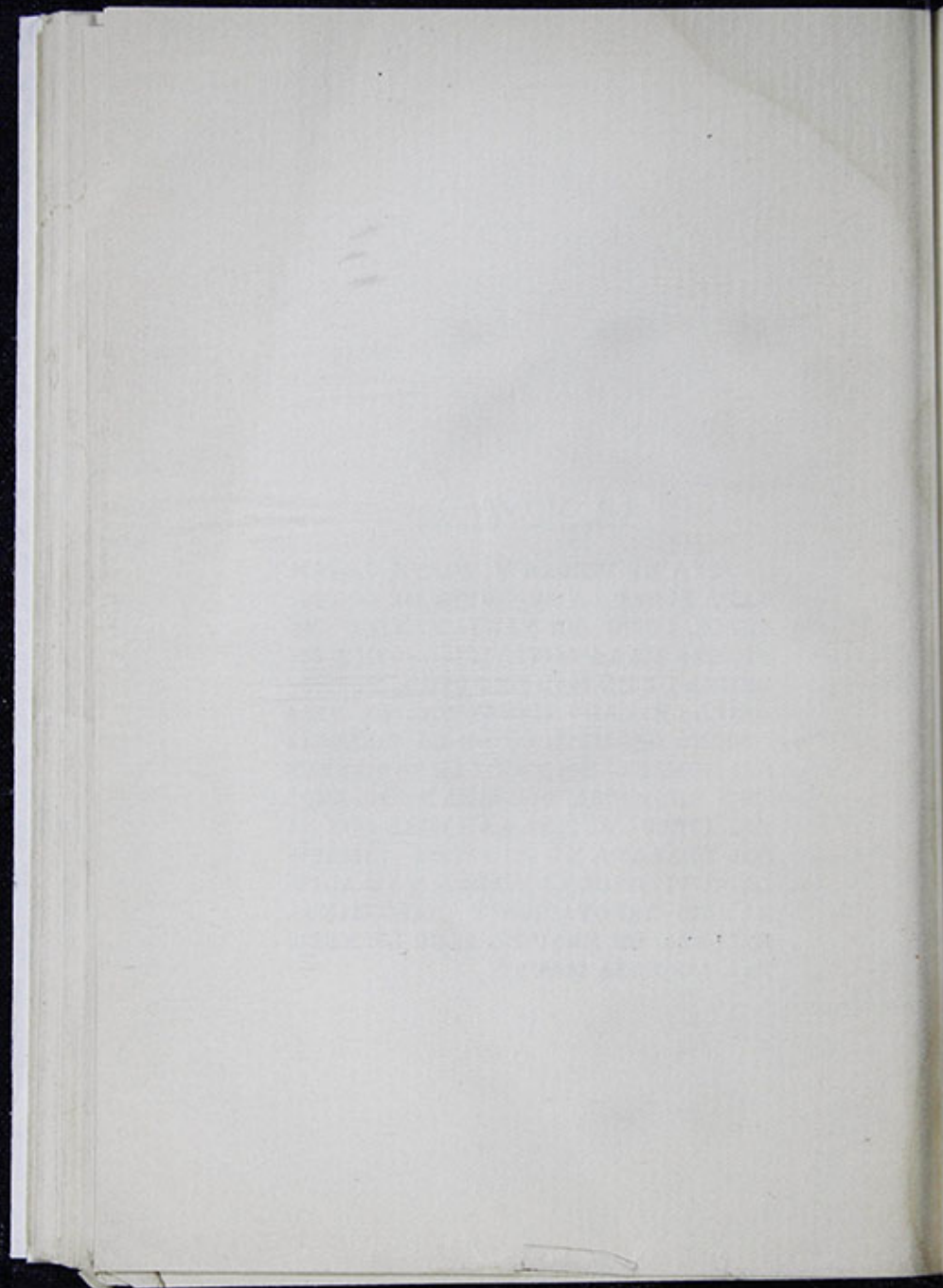
sabiduría de los hombres—más terrible que el dolor—más intensa que el placer—más bella que el amor y más grande que todos los dioses. Tú eres la más grande y la más bella de todas las cosas por que tú eres el Porvenir.

Sobre las Moléculas luminosas de tu Misterio, el Hombre camina, y su paso levanta una polvareda de soles!

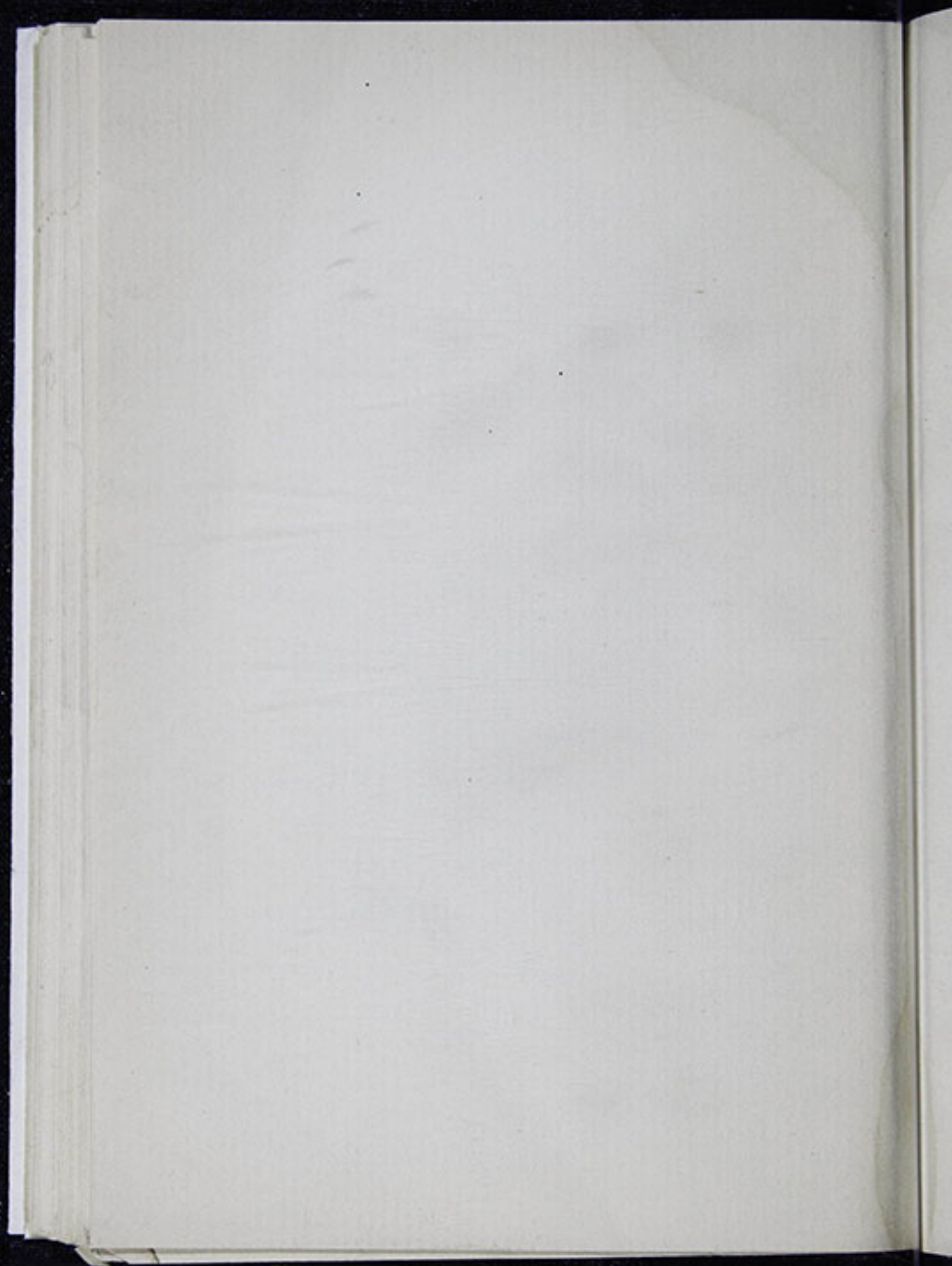


## LA MONTAÑA

JOYA DE PIEDRA Y NIEVE, LEVAN-  
TADA SOBRE LA ASPEREZA DE LOS CA-  
MINOS, COMO UN FARO—MAXIMO ES-  
FUERZO DE LA CONTRACCION—OLA SU-  
PREMA DE UN MAR DE FUEGO—FUENTE  
IGNEA—HELADO MANANTIAL DE VIDA  
—SIGNO GEOMETRICO DE LA ENERGIA  
SIN NOMBRE—SOLEMNIDAD INDIFEREN-  
TE Y GENEROSA, DORMIDA EN EL AZUL  
DEL CIELO—NUTRIZ. LA LECHE QUE EL  
SOL DERRAMA DE TU PEZON INMACU-  
LADO, VIVIFICA LA TIERRA, Y TU ALTU-  
RA ES RENOVACION Y PAROXISMAL  
BELLEZA, OH ERGUIDO SENO DE NUES-  
TRA AUGUSTA MADRE!



INTERLUDIO



Repristinado—saturado de oxígeno— con los músculos vigorizados—apagadas las pasiones—exultante de alegría—bajé de la Montaña augusta a donde se agita la Especie—descendí como las gotas de agua que desprendidas por el calor solar chorrean de los hielos, penetran entre peñascos, se agregan a las aguas de los torrentes y de los ríos y corren hasta el mar...

Y como ellas por el mar navegué.

En la Urbe inmensa, Crisol del Esfuerzo Humano, entre el estreundo de la lucha y los esplendores de la Civilización, la Montaña palpité en las moléculas que arranqué a su belleza y que expuse en líneas, en colores y en palabras ante la conciencia de los Civilizados.

Los poetas cantaron la grandeza de la representación—Appollinair, Canudo, Lugones,

Darío, Paul Fort, Arnyvelde, Warnood, elevaron himnos al hombre que derramó sobre París en centenares de modalidades plásticas, la grandeza del monte Azteca; los artistas las admiraron y los clarines de la fama cotidiana las ensalzaron.

El Esfuerzo había obtenido su primer triunfo y la dirección marcada por mi voluntad iba a seguir en ascendente espiral, pero en el remolino de los esfuerzos colectivos, entre la acumulación de altísimos ideales, al resplendor de las conquistas de la Ciencia, comprendí que el Arte era sólo un accidente y me armé para el combate por el triunfo de otros más grandes ideales.

La Humanidad había llegado a un período de maravillosa evolución y la Inteligencia, por la primera vez en la Historia, asumía la dirección del mundo, marcando a los pueblos un camino amplio y luminoso. La conciencia de los hombres, asomada sobre los prejuicios, sobre los ritos oscuros y sobre las cadenas con que había estado secularmente oprimida, miró

la ruta, admiró su extensión, y rompiendo sus ligaduras, emprendió la marcha por el amplio camino...

Vagos resplandores de libertad iluminaron a los pueblos. Los imperios y las repúblicas se conmovieron. Las naciones más débiles se agitaron y la más vieja de todas las civilizaciones sepultó sus prejuicios y derrocó sus milenarias instituciones.

Cansados de la esclavitud, los hombres aspiraron a la posesión de la Libertad y de la Dicha; querían el mundo para todos; ambicionaban el dominio de las fuerzas de la naturaleza, el aniquilamiento de la ignorancia y de la injusticia...

El esfuerzo unánime de los pueblos se unificaba rápidamente y en el horizonte luminoso de la Esperanza, radió por un instante la gigantesca figura del Triunfo.

Pero las fuerzas del pasado acechaban, y, arteramente se arrojaron en avalancha contra la Civilización, paralizando de un golpe la marcha

del progreso, destruyendo las vidas, aniquilando las voluntades y cubriendo la ruta luminosa con incommensurables errores y con millones de cadáveres.

A mí tocaba luchar en la palestra donde se habían librado durante siglos cruentas luchas entre hombres bárbaros semidesnudos y hombres más bárbaros aún vestidos de hierro y de zayal ;a la arena donde un pueblo había combatido durante un siglo por su emancipación, al pié de las grandes montañas, en cuyo seno yo había vivido. Y abandonando las glorias del Arte, me mezclé a la lucha, sin vacilaciones ni debilidades, con la voluntad fija en un ideal esplendoroso levanté por doquier el espíritu y la energía de las gentes, y por años luchamos por el establecimiento de la Justicia, del Bienestar, y de la Dicha.....

Pero las fuerzas del pasado acechaban, y cuando en el horizonte luminoso de la Esperanza radió por un instante la gigantesca figura del Triunfo, en el seno mismo de la Victoria, surgió el espectro que aterró a los débiles, dividió los esfuerzos, fomentó las discor-

días y volvió estériles los sacrificios que habían vivificado la vieja tierra de Anáhuac.

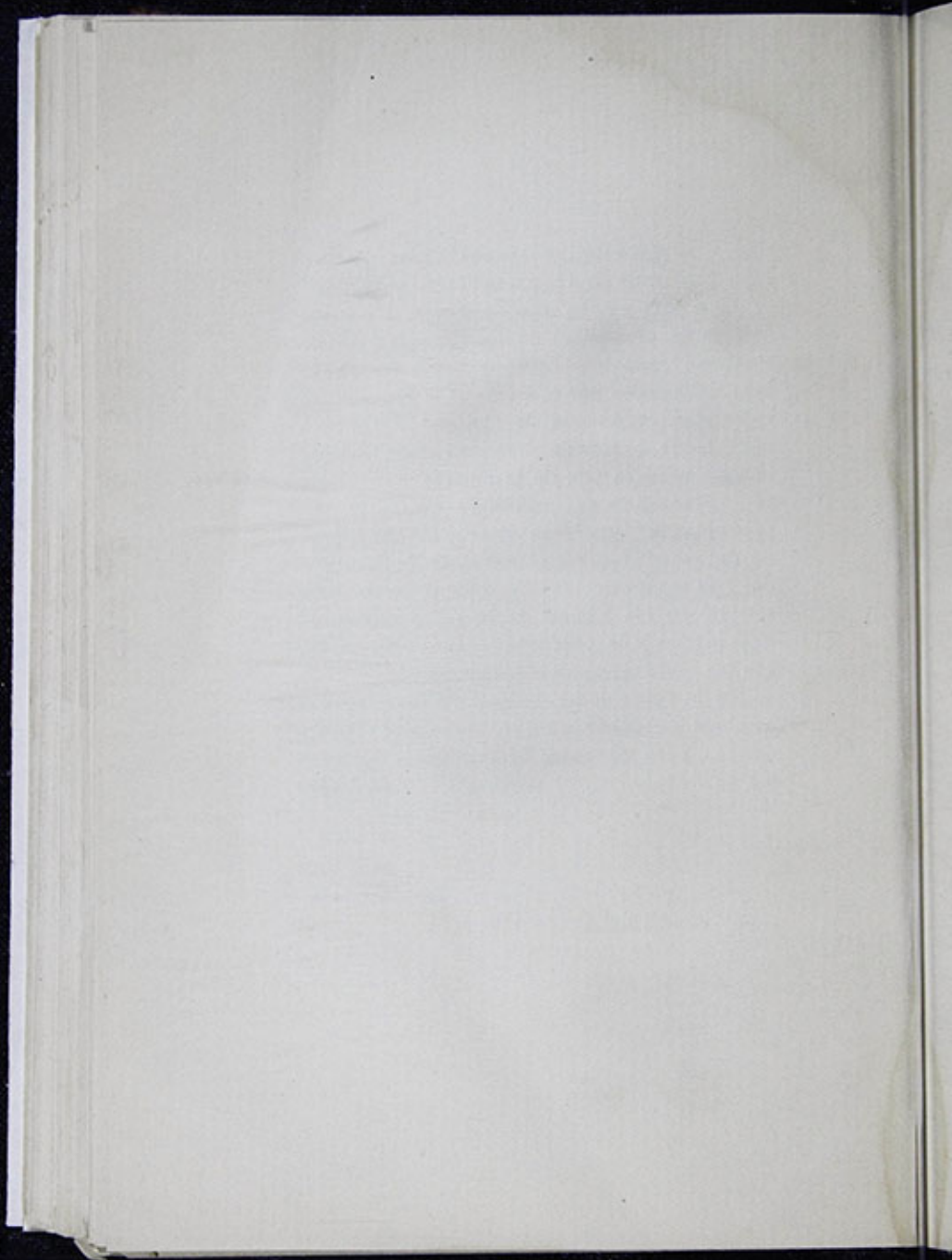
El mundo estaba rojo de sangre. Un pavor salvaje se posesionó de los pueblos. Viejas sombras teogónicas flotaron sobre los hombres doblegados por el Dolor, y la Humanidad retrocedió centenares de siglos.

Y sobre el mundo desesperanzado y hambriento reinó la paz de la muerte.

Los antiguos campeones renegaron de sus principios, se vendieron al oro, tuvieron miedo de aparecer sobre el parapeto desmantelado. Las masas de hombres que el entusiasmo sacudió en los albores de la lucha, permanecían inertes y la prudente infamia imperó sobre las conciencias doblegadas.

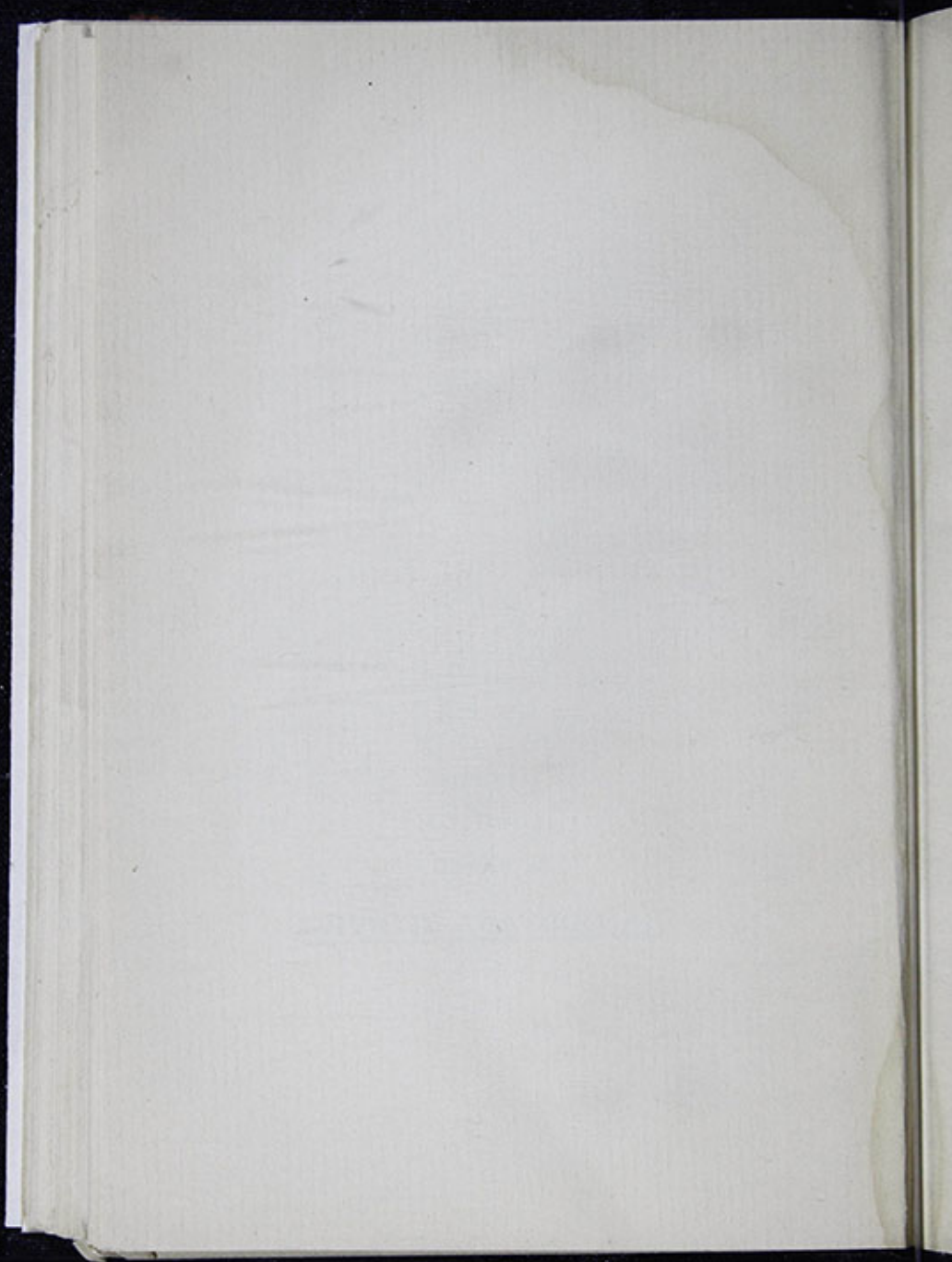
En la oscuridad del desastre sólo algunos hombres quedaban en pie, sumergidos en la derrota, pero vibrantes de esperanza. Sus brazos se agitaron en el pavor de la catástrofe, inútilmente...

Entre las sombras, como un faro, radió la cima altísima del Popocatepetl.



3a. PARTE.

LA MONTAÑA REDIVIVA



### EL RETORNO A LA MONTAÑA

Por el ancho camino, todavía rojo de sangre, en el triste silencio de la paz sepulcral, volví a la Montaña.

De su cima nevada se elevaba en el espacio azul un inmenso penacho de humo. La Montaña también se había conmovido. Lleno de amargura penetré por sus bosques, erré largo tiempo buscando las antiguas veredas que el abandono cubrió durante mis años de ausencia y subiendo por entre los pinos gigantescos agobiados por la furia del aire, me reposé en el borde de los arenales estériles, ante los esqueletos grises vencidos como los hombres, do-

blegados por un fluido sutil que no tiene misericordia, aterrorizados en la misma inmovilidad de la muerte por la implacable saña del Destino.

Qué extraña relación! El mundo entero está como este bosque, con su mismo aspecto desolado, con sus mismos colosos aterrados, con todos sus esfuerzos arrojados contra el suelo, con sus esperanzas revueltas en su cima, con la amenaza ineludible de la fuerza oculta que acecha y en espera resignada de una tranquilidad que bajando de la Destrucción, cubrirá con su manto de piedra pulverizada la Esperanza y la Vida...

Pero en la cima de la Montaña, por su cráter carcomido, apagado durante millones de años, ví surgir una inmensa columna de vapor, signo de renovación.

### AL BORDE DEL CRATER

Todo está cambiado en la enorme chimenea milenaria. El fuego interior ha surgido. Las fuerzas ocultas han levantado los peñascos y la arena conque los siglos taparon la antigua boca, y por intersticios incandescentes, del fondo removido y renovado, surgen pequeñas llamas y enormes columnas de vapor. Un penetrante olor a azufre invade el aire y los vapores amarillentos, en violentos remolinos, asciende por la enorme chimenea en apretados cúmulos que se elevan sobre la cima del monte, triunfalmente.

Las paredes del gran pozo, que antes eran rojas, están grises, y de sus intersticios brota el aliento del Volcán en fumarolas hediondas y silbantes. Un rumor de fragua llenó el abismo. La Montaña ha revivido. Millones de años durmió en el silencio de la muerte, millones de años el viento la azotó, millones de años las fuerzas de la naturaleza trataron de destruirla, cerraron su boca, carcomieron sus vértebras, sacudieron su masa formidable, y desgarraron sus labios en otros tiempos vibrantes de elocuencia fulminante. Pero un día en el reposo de su augusta vejez, sus entrañas se conmovieron y por los labios carcomidos del Coloso, volvió a brotar el fuego.

Oh enseñanza maravillosa de la naturaleza!

Nada es viejo ni nada ha muerto: en el término de la Destrucción está la Vida.

### EN EL FONDO DEL CRATER

En otro tiempo el fondo del cráter estaba silencioso como una tumba abandonada. Sólo turbaba su sepulcral silencio la caída de los peñascos que el viento arrancaba de sus bordes. Hoy, el viejo sepulcro se ha convertido en una fragua.

En el fondo, una enorme prominencia se levanta como una flor de fuego, y a su alrededor largas fumarolas, pistillos ondulantes, forman movible corona. Las fuerzas interiores

se han abierto paso por entre los peñascos que taparon la antigua boca, y la lava hierve entre escorias, con fúlgido esplendor.

Violentas explosiones remueven el líquido candente. Brotan, silbando, gruesos chorros de vapor y de humo mezclados de partículas de lava, de piedras y de cenizas. Llueven peñascos y lumbre. Un rumor trepidante sacude la Montaña y en el enorme agujero fulgura y ruge la sangre del Planeta.

### EL CORAZON DE ANAHUAC

Piedras, piedras, piedras! Piedras pulverizadas, piedras en fragmentos, ríos de piedras bajando por las cañadas, piedras desgajadas erguidas sobre los declives como inmensas flores cristalizadas... enormes murallas negruzcas, corroídas, agrietadas, desquebrajadas... amontonamientos de peñascos, cubiertos de arena gris, enormes muros rojizos color de sangre por entre cuyas grietas asoman chorros de lágrimas congeladas...

Grandeza torturada—resignación trágica—  
dura aridez.

La Montaña parece un corazón con la punta vuelta hacia el cielo, congelada por la frialdad del Destino indiferente y luminoso.

Desolación fatal—grandeza de muerte—resistencia constantemente vencida—y una nueva esperanza sobre la cúspide!

Oh Montaña! Tú domo formidable, como el corazón de este pueblo, ha sangrado desde la noche de los más lejanos tiempos. Tu corazón combatido por la perfidia, desgarrado bajo la grandeza de tu cielo purísimo puede resistir aún...

A veces esta cúspide trágica, me parece el corazón de una víctima, puesto por la mano sacrílega de un sacerdote Azteca sobre la Piedra de los Sacrificios...

Pero no! Está viviente. De su punta clavada en el Zenit, sale a borbotones una nueva fuerza.

### SOBRE LOS HIELOS

Entre las moléculas rojas del Grande Corazón deshecho camino, sobre la aridez y la muerte, hacia los hielos que preservan de la catástrofe final la enorme cima del Volcán.

Sumergido entre los témpanos vidriosos, siento volver a mí el calor que perdí entre la sangre humeante, en la furia de la lucha y entre la ardiente infamia de las pasiones viles.

Murallas verdosas de cristal—enormes y torturados ventisqueros lisos y cortantes—cavernas transparentes como grutas encantadas—grutas de turquesa—túneles opacos de nie-

ve comprimida, abiertos bajo las masas de los hielos por donde corren aguas oscuras—heladas moles triangulares entre cristalinos bloes—largas cascadas como torrentes de lágrimas cristalizadas por el frío, hay algo más helado que vuestra frialdad quebradiza y eterna: la tristeza opaca y escalofriante de los desastres humanos!

En el fondo profundo y misterioso de vuestro seno congelado, en la transparencia de vuestras entrañas luminosas como nebulosas cristalizadas—bajo las masas formidables de nieve que cobijan las vértebras del Volcán, al rumor que producen las gotas de agua desprendidas de las largas estalactitas—un extraño consuelo acaricia mis miembros doloridos y una vaga esperanza envuelve mi corazón torturado como los peñaseos que soportan vuestra frialdad...

**SOBRE LA CUSPIDE**

.....

Sobre el cráter ardiente, en la cima del Popocatepetl, volví a contemplar el Mundo.

Lo ví rojo de sangre, desolado.

Entre las ruinas humeantes de las ciudades y sobre los campos, gemían los pueblos. Donde había un bosque nació un cementerio; sobre los huertos blanqueaban las osamentas humanas; donde había un árbol apareció una cruz. El símbolo de la muerte se erguía por doquier señalando la destrucción. Cruces por los caminos, cruces sobre los prados, cruces sobre los cerros...

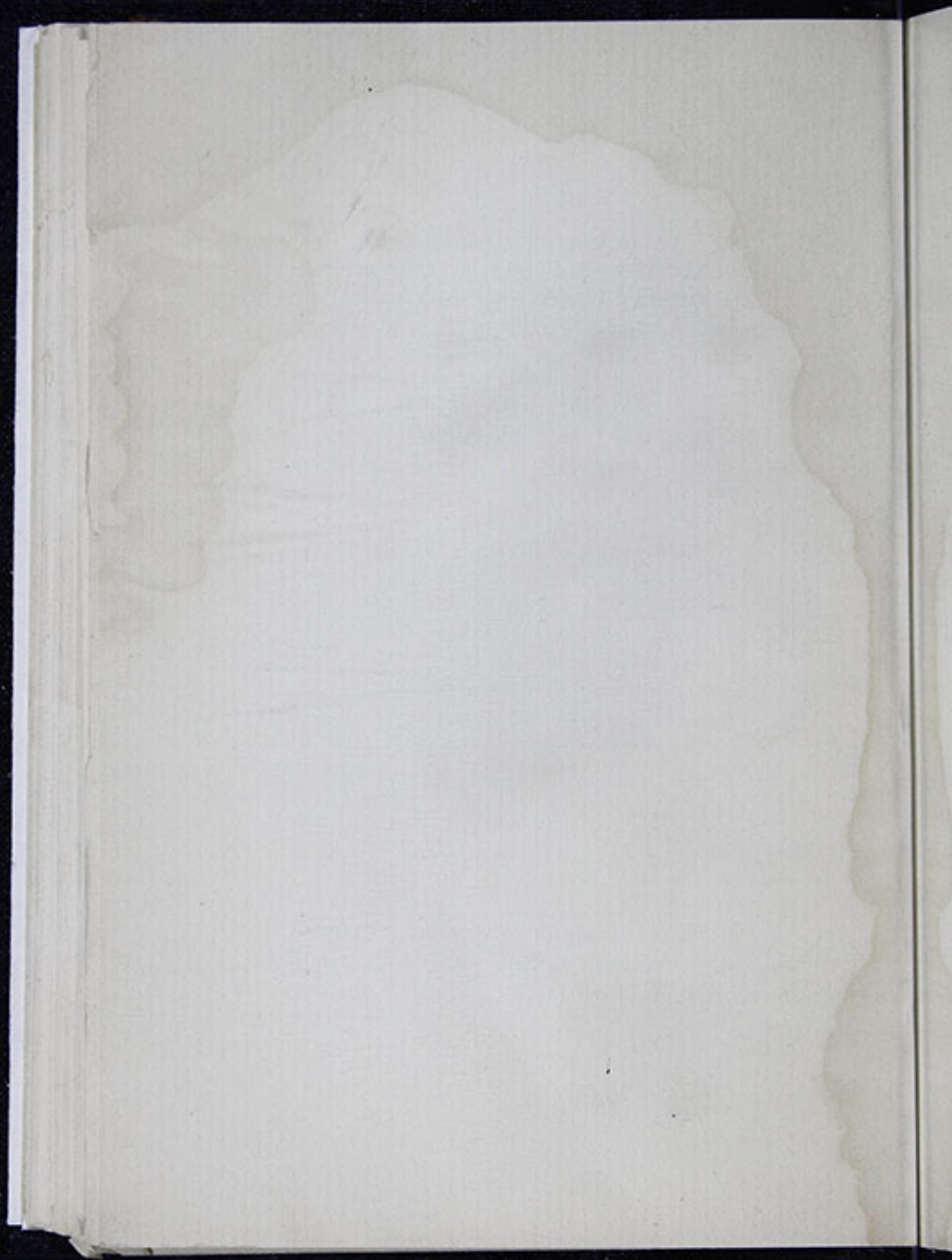
Todo me pareció indeciso, hasta la Verdad. Todo me pareció absurdo, hasta el Amor. Y de todas las cosas emanaba una tristeza profunda y una fatal desesperanza. De cada modalidad de la vida nacía un sollozo, y un ritmo de muerte ondulaba entre las moléculas de la materia. Sobre el mundo impera la desolación, y en el corazón angustiado de los hombres todo se ha extinguido: amor, sabiduría, esperanza ... ..

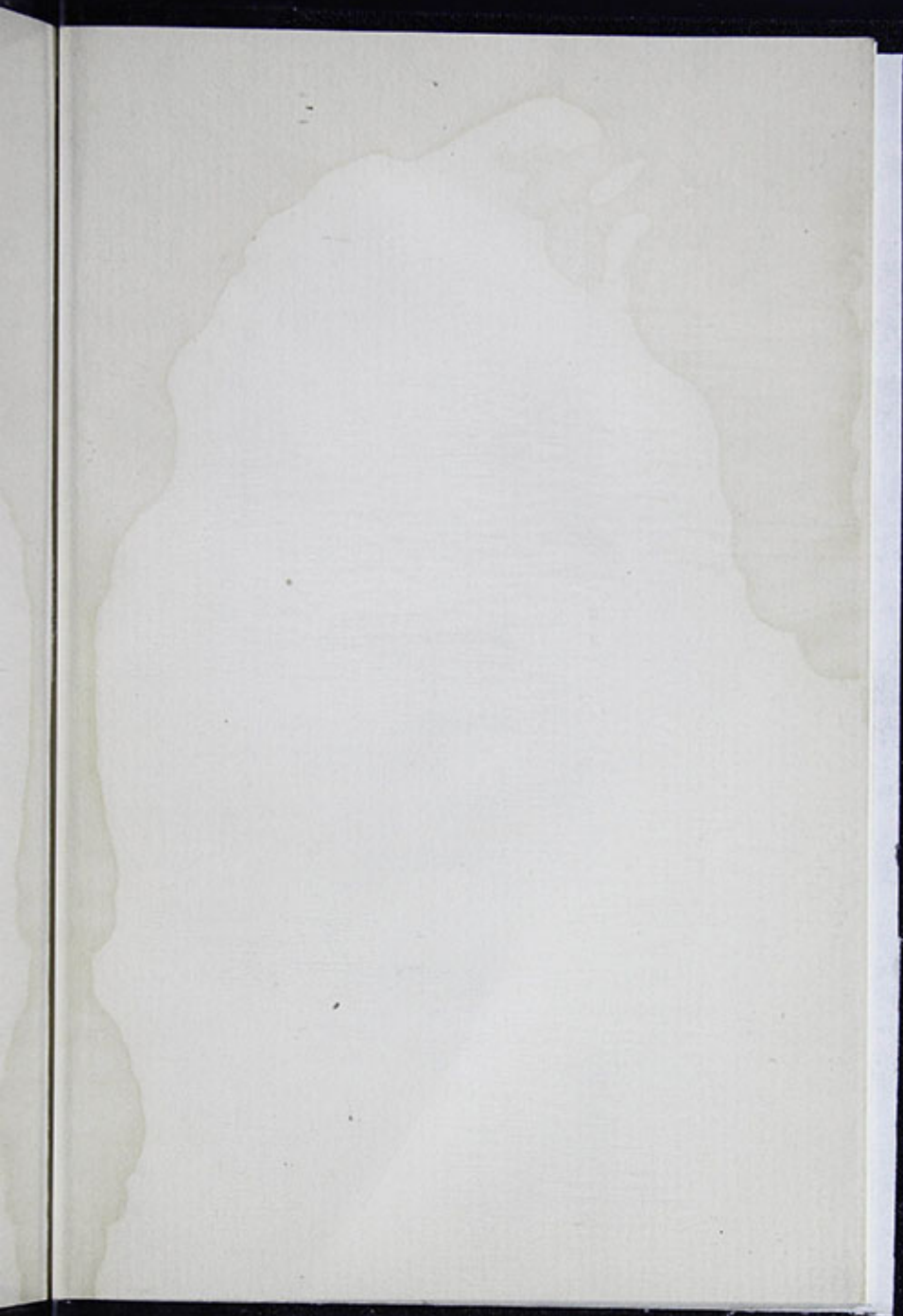
Repentinamente, entre la oscura visión, el Volcán tembló. Sus milenarias entrañas rugie-

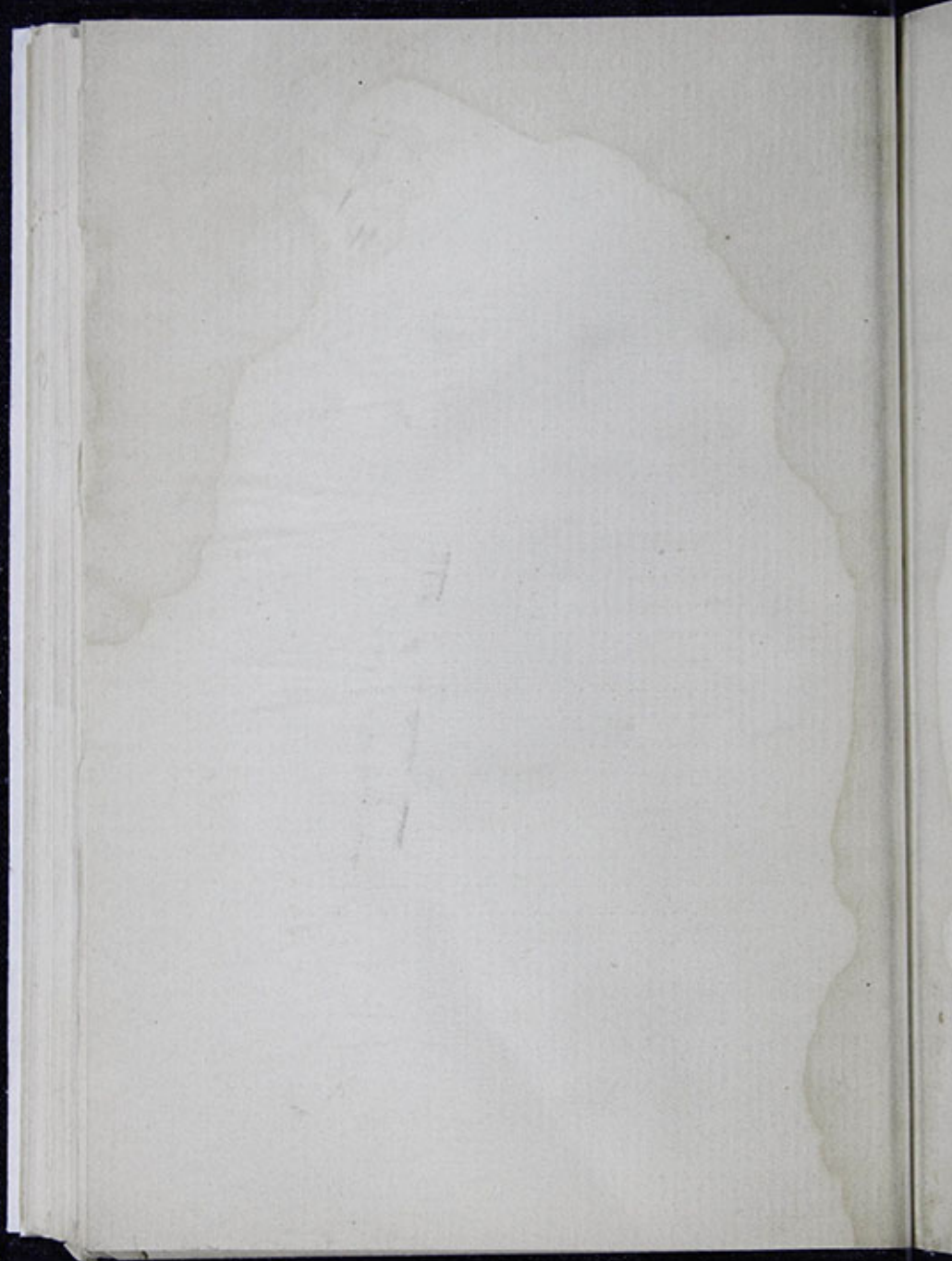
ron y su boca carcomida vomitó fuego. Bajo  
mis pies surgió una llama y su fuerza ardiente  
subió hasta mi espíritu convertido en molécula  
helada de la Montaña... ..  
.....

EN LA VIEJA TUMBA  
HAY FUEGO NUEVO.

FIN







## INDICE.

	Página.
Dedicatoria . . . . .	5
Al lector . . . . .	7

## PRELUDIO.

Los Grandes Volcanes . . . . .	15
El Zitaltepetl . . . . .	17
El Toluca . . . . .	19
El Colima . . . . .	21
El Popocatepetl y la Iztatzihuatl . . . . .	23
El Popocatepetl . . . . .	25

## 1a. PARTE.

### AMECAMECA

El Camino hacia el Volcán . . . . .	29
Amecameca . . . . .	35
La fiesta de los Muertos . . . . .	39

2a. PARTE.

LA TUMBA AUGUSTA.

La estancia en la Montaña . . . . .	47
La lluvia en el bosque . . . . .	49
Una vereda sobre un arenal . . . . .	53
La tempestad silenciosa . . . . .	57
El Viento—el viento en la llanura—el viento en los bosques—el viento contra los grandes pinos—el viento en los arenales—el viento contra las piedras—el viento contra la nieve—el viento contra el cráter—el viento contra la Montaña . . . . .	61
El Silencio . . . . .	81
Las Nubes . . . . .	83
El Frío . . . . .	87
Amanecer . . . . .	89
Un luminoso día . . . . .	93
Atardecer . . . . .	97
La Piedra . . . . .	99
El Terror . . . . .	103
El Sol . . . . .	105
La Luna . . . . .	107
La Noche . . . . .	111
La Montaña . . . . .	117

INTERLUDIO . . . . .	119
----------------------	-----

3a. PARTE.

LA MONTAÑA REDIVIVA

El retorno a la Montaña . . . . .	129
Al borde del cráter . . . . .	131
En el fondo del cráter . . . . .	133
El corazón de Anáhuac . . . . .	135
Sobre los hielos . . . . .	137
Sobre la Cúspide . . . . .	139

**DEL MISMO AUTOR**

**EN VENTA:**

**CATALOGO DE LA COLECCION PANI.**  
(Contiene una série de juicios críticos sobre las pinturas más importantes de la colección y más de 130 ilustraciones.)

Precio . . . . . \$ 2.00

**EN PRENSA:**

**UN VIAJE MAS ALLA DEL UNIVERSO.**  
—Novela.

**ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE  
LOS GRANDES VOLCANES DE MEXICO.**  
(Memorias a la Sociedad A. Alzate.—1a. parte.)

**EN PREPARACION**

**ES NECESARIO DESESPANOLIZAR  
AMERICA.** (Estudio sociológico sobre "el mal de la América Española" y sus posibles remedios.)

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS  
MODERNOS.

VOLUMENES PUBLICADOS.

- LA EXISTENCIA COMO ECONOMIA, COMO  
DESINTERES Y COMO CARIDAD**, por  
ANTONIO CASO.
- CON LA SED EN LOS LABIOS**, poemas de  
ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. ..
- LA FUGA DE LA QUIMERA**, novela de CAR-  
LOS GONZALEZ PEÑA.
- ZOZOBRA**, poemas de RAMON LOPEZ VE-  
LARDE.
- POEMAS SELECTOS** de AGUSTIN F. CUEN-  
CA.
- DISERTACIONES DE UN ARQUITECTO**,  
por JESUS T. ACEVEDO.
- VISIONARIO DE LA NUEVA ESPAÑA**, por  
GENARO ESTRADA.
- ESTUDIOS INDOSTANICOS**, por JOSE  
VASCONCELOS.
- LAS SINFONIAS DEL POPOCATEPETL**, por  
el DR. ATL.

**EN PRENSA.**

**LA PALABRA DEL VIENTO**, poemas de ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

**EL ALMA NUEVA DE LAS COSAS VIEJAS**, poemas de ALFONSO CRAVIOTO.

**MOMENTOS MUSICALES**, por MANUEL DE LA PARRA.

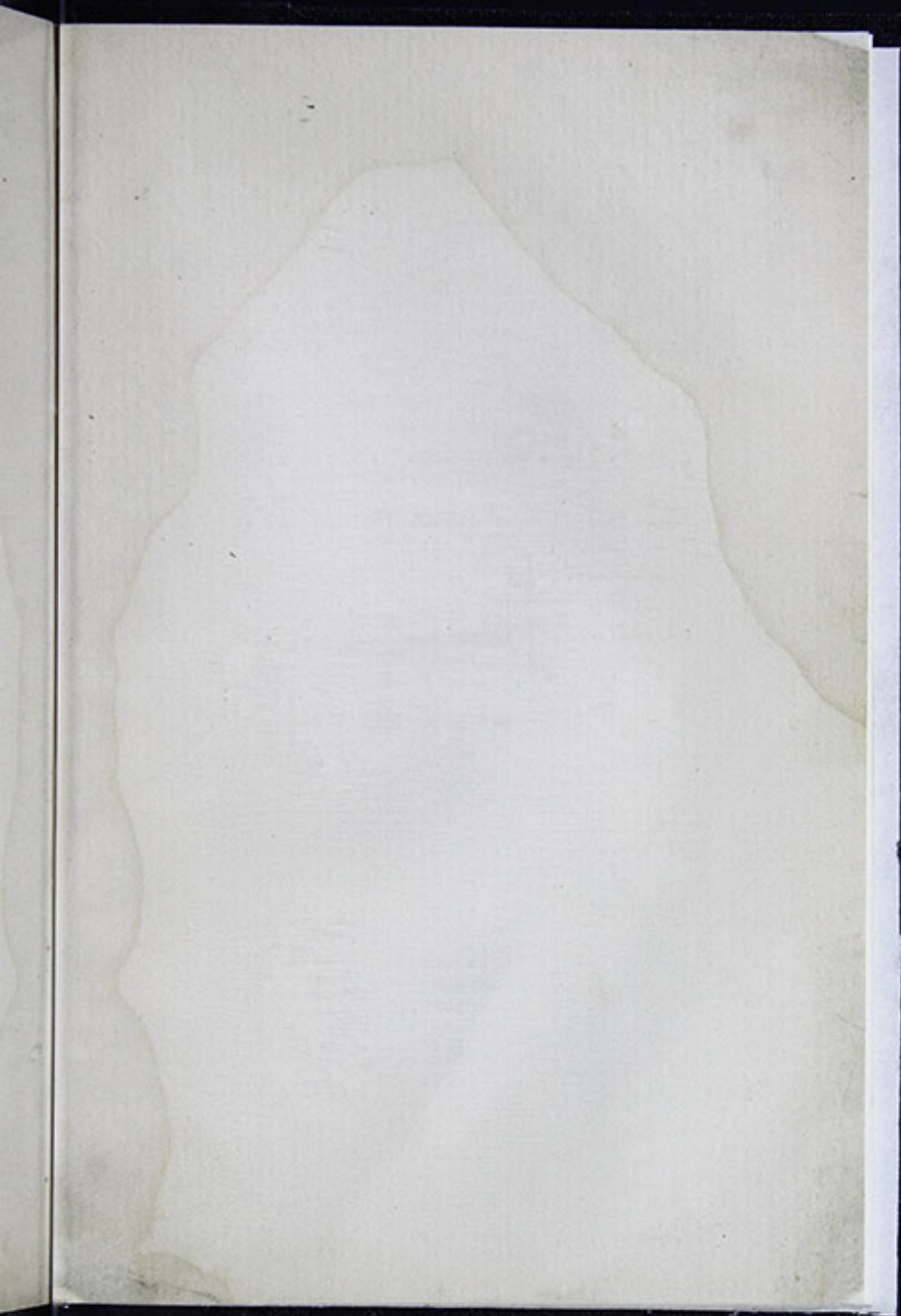
**NUESTRA MISION HERMANA**, por ANTONIO CASO.

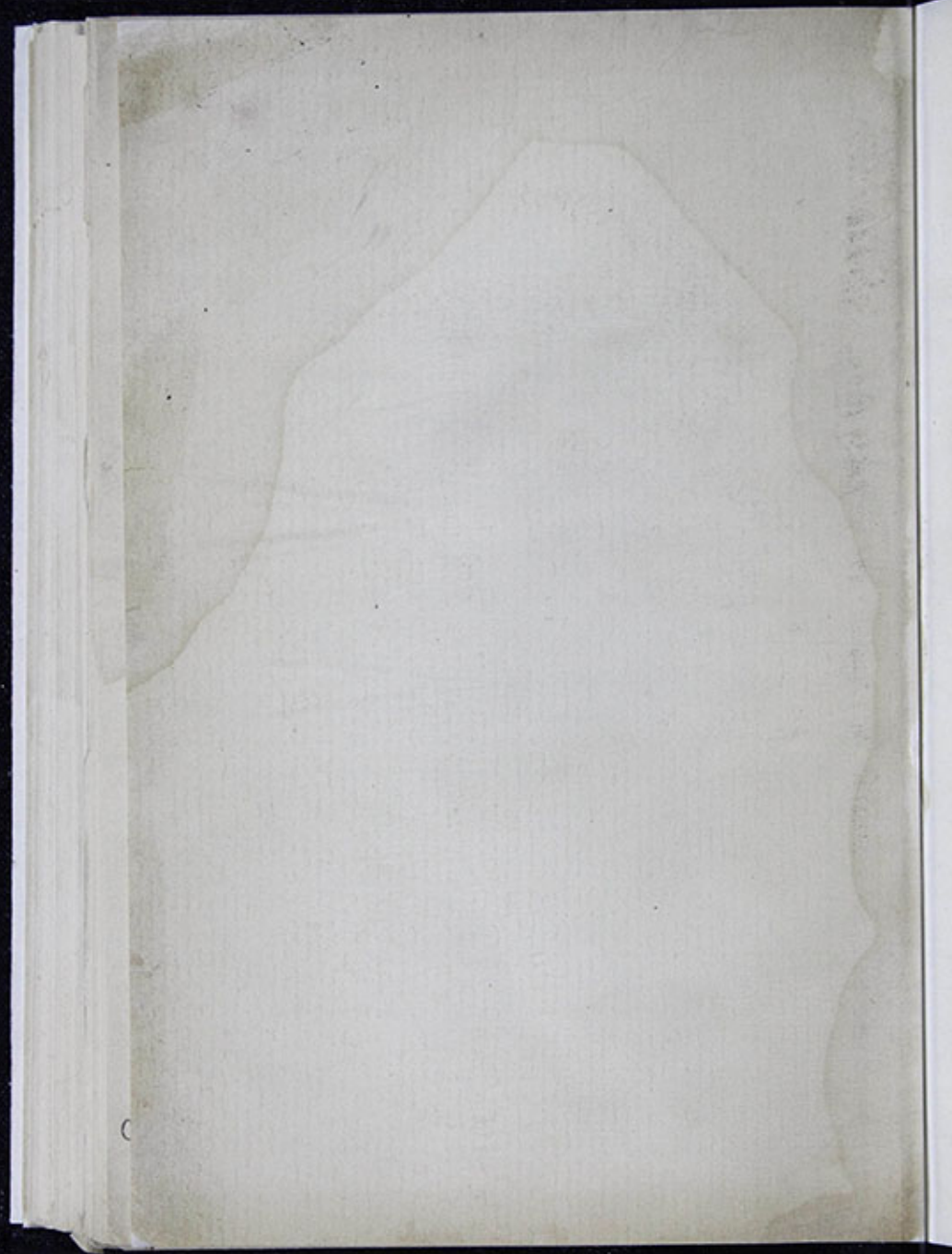
**POEMAS** de ROBERTO ARGHELLES BRINGAS.

**INTERPRETACIONES**, crítica por MANUEL TOUSSAINT.

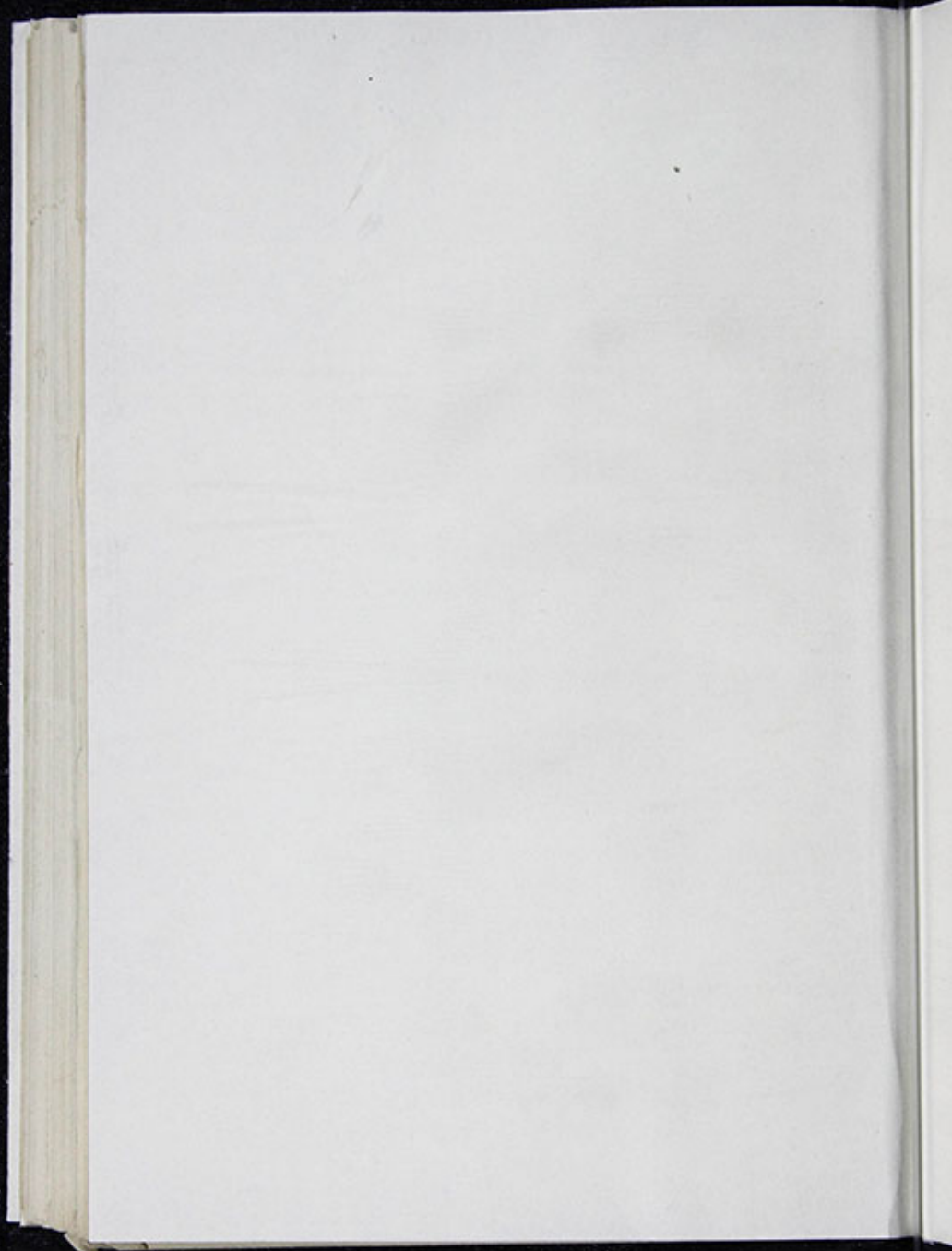
EDICIONES MEXICO MODERNO.

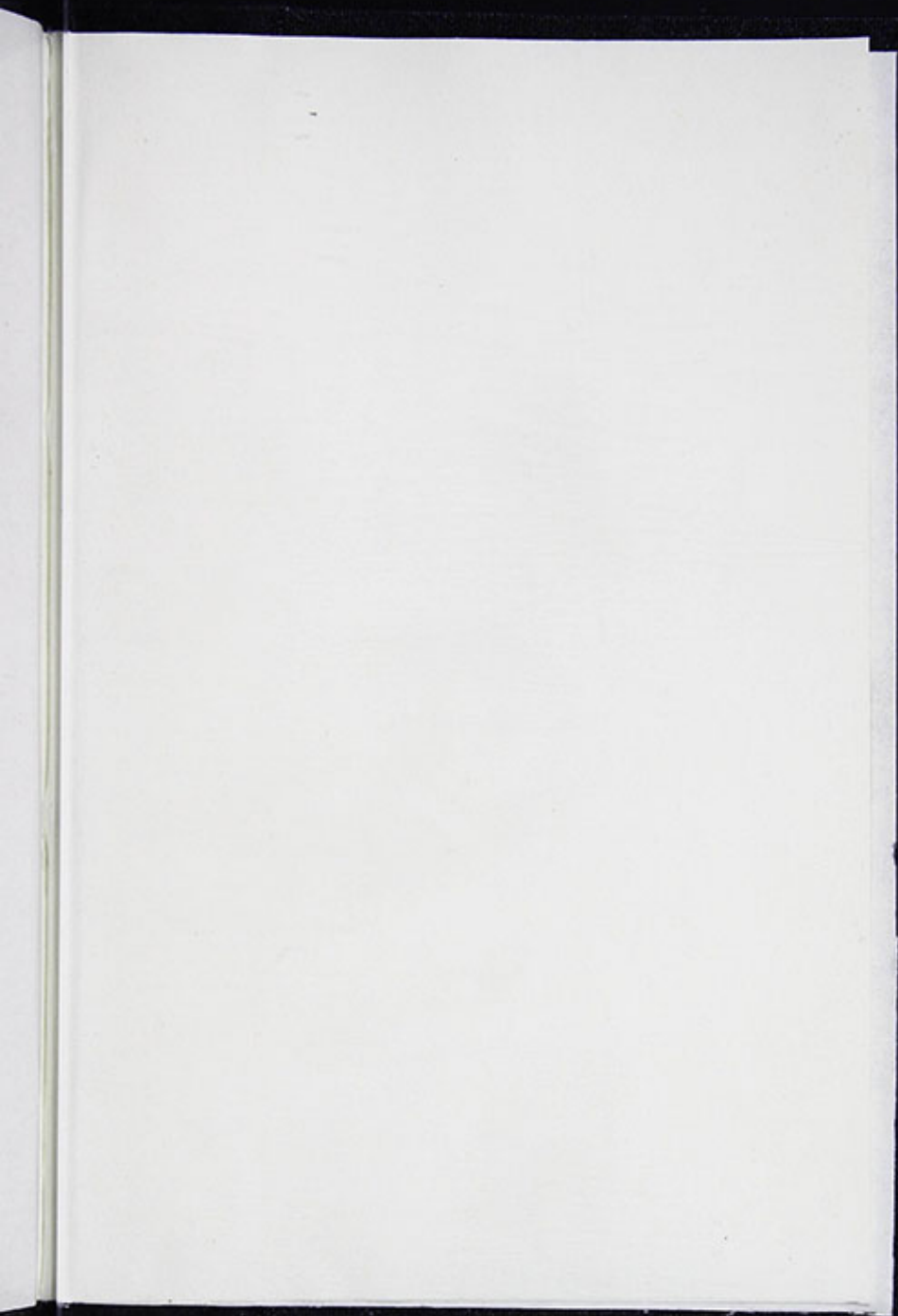
CB. 94159  
72070401











94159

1050 FORET

